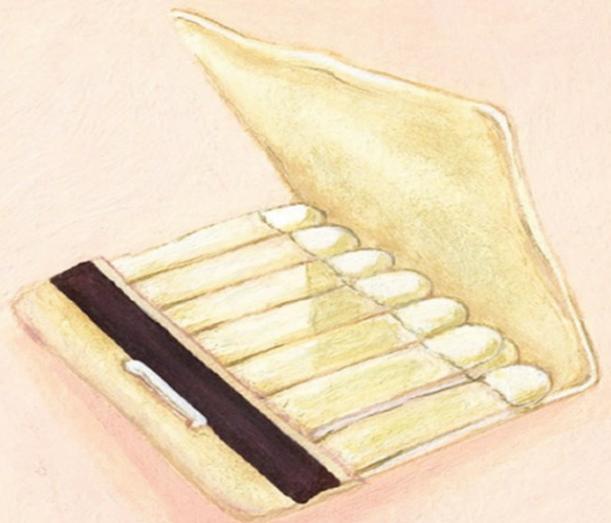


HABITACIONES

ALBERTO
MENDOZA



PARAÍSO
PERDIDO

HABITACIONES

ALBERTO MENDOZA

HABITACIONES

ALBERTO MENDOZA



**PARAÍSO
PERDIDO**
EDITORIAL

PRIMERA EDICIÓN, *Habitaciones*, NOVIEMBRE 2019

Producción:
Secretaría de Cultura
Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura
Editorial Paraíso Perdido

©2019 Alberto Mendoza
©2019 Daniel Román / ilustración de portada
©2019 Antonio Marts / diseño de la colección
©2019 *typotaller*/ corrección ortotipográfica

D.R. ©2019 de *Habitaciones*
**Instituto Nacional de Bellas Artes
y Literatura / Coordinación Nacional de Literatura**
*Paseo de la Reforma y Campo Marte s/n,
colonia Chapultepec Polanco, Miguel Hidalgo,
Ciudad de México | 11560*

D.R. ©2019 de *Habitaciones*
**Editorial y Servicios Editoriales
Paraíso Perdido S de RL de CV**
*Misiones 574-13
Guadalajara | México | 44110
hola@editorialparaisoperdido.com*

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son

propiedad del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura de la
Secretaría de Cultura y de Editorial Paraíso Perdido.

Se autoriza la reproducción de este libro
total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro,
siempre y cuando sea para USO PERSONAL, INDIVIDUAL,
SIN FINES DE LUCRO y citando al AUTOR y a los EDITORES.
ISBN PARAÍSO PERDIDO 978-607-8646-45-6

El Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí Amparo Dávila,
2019, fue otorgado a *Habitaciones* de Sergio Alberto Mendoza
Hernández, por la Secretaría de Cultura, a través del Instituto
Nacional de Bellas Artes y Literatura, y el Gobierno del Estado de
San Luis Potosí, por medio de la Secretaría de Cultura de San Luis
Potosí. El jurado estuvo integrado por Bibiana Camacho, Liliana V.
Blum y Pedro Zavala.

EDITADO EN MÉXICO



LA VENTANA

Salvador Neda se registró en el mismo hotel donde Miraflores desapareció treinta años atrás después de concluir el libro *Niebla de otoño*. Preparó su viaje meses antes. Pidió un préstamo impagable de la nómina para costear el boleto de avión y reservar con tiempo suficiente la habitación 408. El último lugar donde residió Miraflores.

Miraflores viajaba a El Providencia para hospedarse en el cuarto 408 por largas temporadas. Parte de la rutina que se le conoció consistía en dar paseos fascinado por el bosque de abetos que rodea el terreno del hotel, más tarde se escondía en medio de borradores del libro. Todas las mañanas, sin embargo, se le podía admirar contemplando el paisaje desde la ventana. El personal de El Providencia lo reconocía inmóvil pegado al cristal. Pocas veces dejaba que lo vieran escribir, por lo que se llegó a creer que lo único que hacía era deambular como un ente taciturno.

Salvador viajó con un pequeño equipaje. Únicamente se preocupó por guardar en la maleta la novela de Miraflores. Su plan, por muy trillado que resultara, consistía en leer *Niebla de otoño* en el mismo lugar donde se terminó de escribir. Al llegar a la habitación 408, encontró que en el marco de la puerta se había colocado una placa explicando a los huéspedes que el cuarto había sido renombrado en honor a Miraflores: «Al escritor que nunca abandonó la magia de El Providencia».

La mucama confesó que cuando entró al 408 no encontró señales de Miraflores. La ventana estaba abierta de par en par y solo se halló el manuscrito en el escritorio. En la hoja superior, un título previo cruzado por dos diagonales invertidas, y debajo las

palabras que darían nombre al libro de forma póstuma. Junto a los papeles, también se descubrió una carta para su editor y cuyo contenido jamás se dio a conocer. Nadie supo con precisión que había ocurrido, pero los sucesos extraños, vendidos como una historia de fantasmas, resultaron atractivos para los huéspedes que durante años visitaron a El Providencia encantados por el relato.

En sus primeros días, Salvador se dedicó a pasear por el bosque en una referencia factual del libro. Se midió con los troncos preguntándose si Miraflores lo habría hecho también al escribir sobre las gigantescas sombras nocturnas movidas por la luna. Imágenes descritas al pie de la ventana. Cogido por la emoción, tras la cena Salvador regresaba de inmediato a la habitación donde leía por horas.

Se decía que Miraflores se alejó del hotel volando convertido en un ave deseosa de vivir entre las ramas de los abetos. Al entrevistarlos, los empleados solo conocían que no hubo pistas de su cuerpo, ni el día de su desaparición ni en ninguna otra fecha. La directiva del hotel decidió homenajear al escritor dando su nombre al cuarto 408, para la policía y para el editor de Miraflores esto pareció ser suficiente. El tema pasó al olvido con las décadas hasta que la nueva crítica rescató a la figura de Miraflores y sus libros fueron reeditados.

Salvador pedía que le subieran su comida a la habitación. Desayunaba sin quitarle los ojos a los árboles que se inmiscuían a través de los cristales y daban una sensación de humedad al interior. En uno de los pasajes del libro, leyó: «la ventana desafía todo temor a la finitud al redimensionar la percepción sobre la vida», y al menos durante el *omelette* a las finas hierbas que pedía todas las mañanas, Salvador reconocía esto como única verdad.

Los muros del hotel se convirtieron en el refugio para Miraflores luego de jornadas prolongadas y visitas frecuentes a El Providencia. Por la noche, pese a las advertencias del jardinero sobre el alcance de las farolas, el escritor recorría el bosque hasta perderse; regresaba entrada la madrugada tiritando de frío. Era un intento de

confrontar el paisaje real con el de su libro a costa de su propia salud.

Luego de tener varios capítulos releídos, Salvador comprendió que cualquier hombre con los pensamientos de Miraflores también querría extraviarse. Contemplaba con un deseo oculto a través del cristal templado por el frío, mientras la niebla ascendía para develar los abetos a bocajarro. Escasamente probaba bocado durante la tarde. El libro tenía una descripción minuciosa de la estancia y Salvador se encargó de comprobarla detalle a detalle, incluso lo fue llenando de notas al margen de las páginas.

El teléfono de la habitación sonó varias veces. Nadie había visto a Miraflores durante tres días, no había hecho ninguno de sus paseos; tampoco hubo indicios de él en la ventana bajo el amparo de sus libros. Contradiendo las órdenes del escritor, el gerente ordenó a la mucama que entrara al cuarto para comprobar que todo estuviera en orden. Deseaba ahorrarle problemas a la directiva.

Salvador cortó sus salidas progresivamente. Comenzó y terminó el libro varias veces. Dejó de recibir en la habitación los *omelettes* a las finas hierbas. Empezó a tener un sueño recurrente donde se veía a sí mismo parado frente a la ventana, detenido en el jardín aparecía Miraflores de espaldas; Salvador descendía apresurado solo para ver cómo el escritor levantaba el vuelo tal cual lo haría un picamaderos.

La mucama no duró mucho más tiempo en El Providencia. Dijo que en una de las últimas noches que se supo del autor, este bajó al comedor. Luego de haberlo visto a lo lejos, la figura de Miraflores se le antojó de un talante desprolijo y pálido; aunque reconoció que de su semblante también emanaba una tranquilidad supraterrrenal.

Después de uno de estos sueños, Salvador decidió bajar hasta el jardín trasero esperando encontrarse con el escritor. Desde ahí vio hacia la ventana con la esperanza de que fuera Miraflores quien le devolviera la mirada. Solo encontró el deseo de volver a la lectura. Dentro del 408, pensó en Miraflores huyendo a través de los brazos de los abetos. En seguida lo imaginó al borde de la excitación escribiendo aquella carta para su editor y que debió

acomodar a un lado del manuscrito para entonces dejarse absorber por el lado adverso de la ventana, el negativo de la habitación, y cuya salida se perdería en el silencio de la noche.

Miraflores y Salvador comprendieron, gracias al libro, escritura y lectura, la libertad que representaba el bosque, el mundo paralelo en la naturaleza, promesa que se les aparecía en medio de esa neblina matutina a la que el personal de El Providencia habría de esperar su dispersión para encontrar la ventana de la habitación 408 abierta por ambas láminas, revitalizando la magia del hotel donde la directiva contemplaba la posibilidad de rebautizar otra de sus habitaciones.

FICCIÓN

Tengo un arma apuntándome a la cabeza. Aunque sé que no está en mi mano, yo influí para que llegáramos a esta situación. No estoy nervioso. No podría estarlo. Horas antes, decidí rentar esta habitación. Es una decisión práctica, el motel se localiza a dos calles de nuestra casa. Es más fácil así, deseo evitar pesares y preguntas incómodas para mi familia.

El edificio se levanta tres pisos, en los cuartos y los pasillos las alfombras están desteñidas. Desde aquí es posible ver el cielo contaminado y el Renault rojo de mi esposa regresando de la escuela con nuestra hija. Esta cercanía además les permitirá dar pronto con mi cuerpo; ambulancias, patrullas y personas curiosas serán las migajas del camino.

Declaro que yo lo provoqué, soy consciente de ello. Creé las condiciones para que esto sucediera y ahora debo concluirlo por ambos. No estoy solo. Eso es obvio ahora, pero al registrarme nadie me vio entrar acompañado. Me entregaron la llave, subí a la habitación y me deshice del saco antes de tomar asiento frente a la mesa. «Tengo el control», lo digo en voz alta para que me escuche. Pese a estar bajo amenaza, estoy calmado. Ha sido un secuestro voluntario, pude haberme adelantado al desenlace. Extraigo tranquilamente varios folios, son páginas en blanco. Afilo los lápices que siempre llevo conmigo —manías de redacción—. La máquina de escribir hubiera sido excesiva. Es el mismo resultado. Al final todo tendrá que resolverse.

La luz entra suavizada por las persianas de aluminio de la ventana. Puedo distinguir mejor su silueta. Me pide que continúe.

Me dio suficiente tiempo para prepararme, incluso para rentar este cuarto de motel de alfombras desteñidas. Pese a ser él quien tiene la pistola, tiembla ante la impaciencia, impotente de que no pueda serenarlo. No sería justo. Una diferencia inquebrantable de la realidad. De eso no hay duda; sin embargo, sigo calmado, espero la mínima indicación que rompa el silencio.

«¿Qué quieres que escriba?», pregunto convencido de que él está ahí. De que a pesar de la imposibilidad, él está parado de pie mientras me escucha y me mira implorante. Me lo ha repetido tantas veces, pero sigo insistiendo. Es más fácil deslindarse de la responsabilidad. Siento el frío del cañón contra mi cabeza. Experimento la sensación de libertad. Lo exaspero, lo sé. Es la única manera. Forzarlo a que él dé el impulso a mis manos. Se rehúsa. Es imposible que cambiemos de lugar. Tendré que ser yo quien comience.

Regreso a darle forma a las palabras, se aligera la presión del arma. Avanza entre escenas. La agitación lo hace sudar. Me pide que no me detenga, su excitación aumenta. Es lo más cercano que estará del orgasmo. Lo siento consumirse, empequeñecerse ahí de pie. Baja la pistola por completo. Una sombra perdida en la habitación. Voy devorando los lápices. Hago pausas breves para afilarlos, aprovecho ese tiempo para observarlo de reojo, veo cómo se retuerce. Lo castigo y cae de rodillas. El lápiz puede ser tan penetrante si se le da iniciativa.

Termino diez páginas con relativa prontitud. No hace falta corregirlas. La experiencia me ha hecho aprender a distinguir cuando algo merece toda mi concentración. Sin embargo, después de este acto me pierdo. Comienzo a preguntarme por el Renault rojo y si ya habrá cruzado por la calle. Me detengo absorto. Rompo el ritmo. Vuelvo a pensar en mi esposa y nuestra hija, y en este motel de alfombras desteñidas, y yo aún tan calmado. Se levanta y se coloca de nuevo a escasos centímetros. Me pide que avance. Escucho el gatillo accionarse. Escribo que se escucha un gatillo accionarse. Sé lo que quiere. Desea que lo provoque. Este es el máximo poder que lograré, eso lo sabíamos desde el inicio. También

sabemos qué es lo que sigue. Es imposible detenerse a reconsiderar.

Vuelvo a afilar los lápices. Tengo los dedos cubiertos de grafito. Mancho las hojas. Dejo mis huellas, una firma adelantada. Me sumerjo en el papel. Ahí va él a llevar sus puños hasta el muro. No me detengo. Es hora de ponerle fin. No siento ninguna lástima. Es parte de la condición humana. La empatía es circunstancial.

Mi mano se mueve, el músculo del antebrazo se tensa bajo la camisa. Casi alcanzo la curva del desenlace. Antes de censurarlo con la siguiente frase lo escucho gritar. Por primera vez pide que me detenga. Dice «alto» como si su vida dependiera de ello. Rompe en llanto. Veo su reflejo en la ventana, intenta retomar el control. Él no está en control. Nunca lo ha estado. Sabe que podría disparar, pero no lo hará. No antes de saber cómo terminará todo. La historia se concluiría sin remate. Nadie hará el descubrimiento, sabrán más de mí que de él; solo conocerán sus defectos. Sin final no puede haber redención. Se escucha un disparo y el golpe seco de la caída. El silencio resuena en mi cabeza. Una gota tibia me recorre la espalda. Yo tampoco quisiera que termine, por eso me distraigo para hablar acerca de mi esposa y de nuestra hija, del Renault rojo y de la alfombra desteñida que ahora roza mi rostro.

LA GRABACIÓN

Rogelio me dijo que no adivinaría lo que estaba preparando para el video. Habíamos pensado en todo, pero hacía falta grabar la escena por la que nos embarcamos en aquella empresa. Elegimos el cuarto de un motel en la 5 de Mayo. Marbella llegó temprano. Se veía inquieta. Le pregunté si quería que nos detuviéramos o si prefería grabar otro día. Dijo no, como si la pregunta la ofendiera. Su respuesta me tranquilizó, nos habíamos quedado sin dinero, y no había forma de aplazarlo.

No dudábamos de sus habilidades, al contrario, seguramente tenía amplia experiencia entre ambas piernas; incluso para una chica de dieciocho años con la consciente gravedad de su cuerpo. Tan despierta anímicamente como un girasol en invierno, pero con el conocimiento pleno de su figura. Todo el presupuesto se nos había ido en pagar por un par de horas de su tiempo.

Rogelio y yo insistimos en que Marbella aceptara grabar una escena de la que nosotros tampoco estábamos convencidos. Habíamos visto a Marbella en más de una ocasión. Sabíamos a lo que se dedicaba, pero ni Rogelio ni yo teníamos el valor de abordarla de frente. Cómo entrometernos en esa parte privada de una persona habiendo una moral que te prohíbe exigir el premio. Actriz fue lo primero que se nos ocurrió ante nuestro fracasado intento de engañar al pudor.

A Marbella le alteraba la cámara. No lo decía, pero nos dábamos cuenta por la manera en que evitaba ponerse frente a esta. Era a lo único a lo que no estaba acostumbrada. Por lo demás, la habitación y los objetos, utilizaría a fin de cuentas, no le preocupaban. Incluso

había algo de familiar en Marbella dentro de aquella escenografía. Cabía la posibilidad de que ya antes hubiera estado en este mismo cuarto.

Rogelio no dejaba de mirarme con una sonrisa desde la orilla de la cama, sugería que arregláramos la iluminación, ocultaba su deseo de ponerme en desventaja, intentaba llevar su juego al máximo antes de dejarnos solos a Marbella y a mí. Desempeñaba muy bien su rol, quería que el ángulo para grabar fuera el correcto, aunque sabíamos que todo era parte de una representación. Llevé las luces conmigo hasta el rincón tropezando con los cables. En cada traspie buscaba los ojos de Marbella, me preguntaba hasta dónde se había percatado de mi poca utilidad para el cine. Me detuve frente a la ventana convenciéndome de que todos mis movimientos estaban contemplados. Por lo que podía saber, lo único ajeno al cuarto éramos Rogelio y yo.

Marbella, por el contrario, se imponía al lugar. Tenía ese aire de mujer aburrida, se distraía con detalles de su cuerpo, las uñas, un cabello fuera de lugar que caía hacia adelante y que era devuelto dejando al descubierto un rostro de rasgos infantiles. Marbella fluía naturalmente dentro de su vanidad. Avanzaba adelante y detrás de nosotros, nos descolocaba de nuestra interpretación de directores, desfilaba al dejar su impresión en cada uno de los muebles mientras fingía ensayar las líneas de un guion improvisado.

Hacía ocho días le pregunté a Rogelio el mejor modo de proceder. Me dijo que lo esperara y en una semana tuvimos todo listo. Él solo consiguió las luces, los micrófonos y una cámara vieja que no sabíamos si grabaría. No importaba. Yo pensaba en excusas para preguntas que Marbella no haría. Rogelio sonreía al verme angustiado, debía pensar que me tomaba demasiado en serio el asunto. Lo único que yo quería era dejar atrás mi inexperiencia.

Temí que en algún momento las mentiras nos alcanzaran. El espectáculo que habíamos montado para Marbella, lo veía venir, comenzaba a fracturarse; sentía el pavor recorriéndome. Rogelio, al contrario, se mostraba más tranquilo conforme avanzaba el tiempo en la habitación. Yo únicamente pensaba que perdía el control de

nuestro objetivo, que me quedaría, aunque me resistía a aceptarlo, sin culminar el encuentro, y que era lo que seguía impulsándonos a la búsqueda de la estrechez de un cuerpo ante la lente de treinta y cinco milímetros.

Entre más relajado veía a Rogelio, sentía que todo en mí se tensaba. Rogelio seguía lanzándome miradas de complicidad desde su esquina donde fingía subir y bajar el micrófono como un mal técnico de sonido. En la escena los protagonistas deberían desnudarse y hacer el amor. En el grupo de páginas llenas de correcciones que le dimos a Marbella no se justificaba la trama, no había una historia previa; los personajes tendrían que aparecer en la habitación y reaparecer en la cama. Toda nuestra ambición temblaba como mis manos al pensar que en cualquier momento tocaría a Marbella. No había manera de defender nuestro propósito. Estaba seguro que ella lo presentía. Tal vez era Marbella, sin darme cuenta, a quien le gustaba provocar aquella turbación.

Lo que más me intimidaba era que los tres teníamos la misma edad, y toda la experiencia de Marbella esperando desenmascarnos. Era la única emoción que le podíamos generar ante la inocencia. Al final es lo que queríamos, ¿no?, que la escena fuera lo más creíble posible, que nos olvidáramos de la realidad, de un estado juvenil, sobre todo el mío.

Marbella pidió que no le grabáramos la cara. Era convincente con su petición, además, fue el único momento en que olvidó su papel. Quiénes éramos nosotros para negarnos ante la negociación. Ella podía dirigirnos como se lo propusiera, pero había un trato de por medio y los ahorros de un mes.

Rogelio, detenido en la puerta, le pidió a Marbella que se desnudara. Me asustó la naturalidad con la que dio la orden. Sin vacilar, Marbella comenzó a desprenderse de su ropa depositándola cuidadosamente en el piso. Yo la miraba a su espalda, mi estómago recibió una patada cuando vi sus nalgas desnudas. Estuve a punto de abandonar la habitación, de ponerle fin al cuento, de decirle que todo era mentira. Las facciones inocentes de su rostro contrastaron con la forma de sus caderas y unos muslos de mujer que

aparecieron debajo de las medias. Aquí terminaba nuestro plan. Insistí en buscar a Rogelio con la mirada, pero él ya se había perdido en los pasillos del motel, solo había querido conocer los pechos frescos de Marbella y el vello naciente de su pubis.

Después de un largo silencio, Marbella se percató de mi inmovilidad. Se aproximó. Debió reconocer la verdadera intención. Ahora estaba seguro que no habíamos logrado convencerla de nada. Tomó mis manos y las llevó por encima de su cintura. Seguí impávido. Noté cómo sus senos apenas si se expresaban con cada uno de sus movimientos. Marbella se impulsó hacia mí. Botón a botón se abrió paso. Utilizó ambas manos para liberar mi pantalón hasta las rodillas. Me sentía endurecido y palpitaba. Marbella introdujo su mano tibia, intentó llegar al interior de mi ropa. Me espetó, ahora era ella quien estaba al pendiente de mis acciones, lo menos que podía esperar era que yo tomara alguna responsabilidad. Era mi dinero de cualquier manera. Me preguntó qué quería hacer. Se burlaba y yo lo sabía. Mis ojos se extraviaron en la habitación, intentaba encontrar una respuesta definitiva. Me percaté que Rogelio había logrado encender la cámara. Marbella intentaba hacer que mi cuerpo entrara en el de ella. Mis pulmones se comprimían entrecortando el aire, sentía que mi capacidad para hablar se ahogaba, mis brazos estaban vencidos; buscaba cualquier fortaleza que me ayudara a articular una frase, una idea que me hiciera aparecer más listo frente a Marbella. De mi interior, surgió dolorosamente una palabra que atravesó mi garganta y se elevó con dificultad para dirigirse a un público inexistente: «corte».

EL DOBLE

Durante su matrimonio, el señor y la señora Hawthorne se habían dedicado a la atención de los huéspedes que visitaban la posada en la calle Blomfield. Al poco tiempo vieron las bondades del negocio, ya que el dinero comenzó a llegar de manera constante. El señor Hawthorne cambió sus hábitos, compró trajes finos y salía frecuentemente a los clubes. Los esposos dejaron de hablar entre ellos, y cuando lo hacían era el señor Hawthorne quien llevaba la conversación, siempre con temas que nada se relacionaban con la vida dentro de la posada.

Aunque no lo expresaba con palabras, al cuerpo de la señora Hawthorne mostraba la angustia, se había tomado toda la responsabilidad de la posada para ella misma. No solo era la fatiga y las largas jornadas para arreglar los cuartos y colocar leña en las chimeneas, también le afectaba no tener a su esposo haciéndole compañía; sin embargo, jamás negó a ninguno de los huéspedes una sonrisa, ni siquiera en los años en los que acrecentó la distancia marital.

A la casa de descanso llegó una pareja de gitanos, pasaron de manera inadvertida y así fue también su estadía. Estos, como buenos observadores para los negocios, se percataron de los males que atormentaban a la señora Hawthorne. Se acercaron con elogios para el hogar y de inmediato se convirtieron en los primeros y únicos confidentes de la señora Hawthorne. No necesitaron de un gran esfuerzo para convencerla de que a cambio del precio de su estadía y tres candelabros de plata que adornaban la mesa del comedor podrían ofrecerle paz a su vida llena de ansiedad. La señora

Hawthorne aceptó su ayuda movida por la nostalgia de recuperar a su esposo. Los gitanos partieron asegurándole que la paciencia la recompensaría en menos de un año.

Llegó el siguiente invierno y la señora Hawthorne había olvidado el trato. Se sintió avergonzada cuando tuvo que reemplazar los candelabros. Una mañana sin razón alguna despertó con el ánimo recuperado, se dio prisa en preparar los cuartos ocupados, despejó la nieve de la entrada, pero tan pronto vio que el señor Hawthorne se arreglaba para salir volvió a sentir la decepción dentro del pecho.

La campanilla colgada en la entrada resonó anunciando a un nuevo visitante. La puerta se abrió y la señora Hawthorne vio entrar a una sombra larga. Junto a esta se coló un viento frío. El hombre pasó cerca de la señora Hawthorne, su abrigo y el pantalón no combinaban. En treinta y cinco años de casados, la señora Hawthorne había desarrollado la habilidad de reconocer a su esposo en cualquier condición, pero aquella figura tenía una extrañeza que no logró comprender. Una copia exacta de su marido caminó cerca de ella sin voltear a verla. La indiferencia de aquel doble hizo que la señora Hawthorne guardara un silencio sepulcral.

En su habitación, el señor Hawthorne se disponía a abandonar la posada como era su hábito hacerlo todas las tardes, se puso la corbata que le había regalado el capitán Elkin por su servicio. Se untó grandes cantidades de aceite macasar en el cabello, con el que un penetrante olor a coco se escabullía hacia los otros cuartos. Se preparaba para las diligencias en las que desaparecería todo el día. Antes de que concluyera su ritual, llamaron a la puerta. Pensó que se trataría de alguno de los huéspedes, se irritó preguntándose por qué no acudían con su esposa, quien se encargaba de los menesteres de la posada. El señor Hawthorne se ató rápido el reloj al chaleco y se apresuró a abrir. A no ser por el talante opuesto, podría jurar que se encontraba frente a un espejo. El cabello libre del visitante y la poca armonía de su ropa contrastaban con la imagen pulcra del dueño de la posada. Aun así, quienes los vieran uno al lado del otro podrían asegurar que eran dos gotas derramadas de la misma copa.

Solamente el señor Hawthorne se mostró sorprendido. El extraño se mostró inmutable mientras que una mano con la piel curtida por el aire helado se aferró a la perilla y un paso lo llevó dentro de la recámara. La puerta se cerró con tal presión que se convirtió en un solo trozo de madera junto al marco. El hombre, que bien podría ser tomado como el gemelo del señor Hawthorne, llegó de forma autómata hasta la posada. Permanecía de pie, en silencio, como si aguardase por una indicación, negándole la salida al propietario de aquella morada, quien había tratado de escapar infructuosamente.

El señor Hawthorne utilizó su físico, que no era pobre en fortaleza, para intentar disuadir al muro de músculos que se había postrado en la entrada. Se percató que debajo del abrigo había un cuerpo de gran corpulencia. El señor Hawthorne perdió la compostura, si su esposa estuviera frente a él se habría percatado que el nudo de la corbata se había rendido, mientras su peinado había perdido toda rectitud. Ambos hombres lucían más idénticos que nunca. Incluso bajo la desesperación del señor Hawthorne, el doble seguía imperturbable. Empequeñecido por el esfuerzo, el señor Hawthorne ni siquiera le merecía una mirada. Intentó escapar por la ventana, pero cada vez era devuelto al centro de la habitación por una mano gigante. Su celador se mantenía inalterado, como si no hubiera movido ni un músculo para respirar desde que llegó. El señor Hawthorne se venció pronto ante la fatiga.

En el recibidor, la señora Hawthorne regresó a su pequeño mundo en la calle Blomfield. Abandonó su puesto en la recepción y repitió el ascenso del hombre a quien por un momento confundió con su marido. Se detuvo afuera de la que por décadas fue también su alcoba y clavó el oído en la puerta. Jamás se había escuchado tanto silencio en toda la ciudad. La señora Hawthorne se armó de coraje, sacó de uno de los bolsillos de su faldón una llave y apenas tuvo tiempo de introducirla en el cerrojo cuando la puerta se abrió de forma tímida, anestesiando la soledad con el rechinar de las bisagras. Desde dentro se asomó el hombre misterioso que había roto la tranquilidad de la casa. Se había puesto un chaleco y una de las corbatas de su esposo. El parecido con el marido de la señora

Hawthorne se había acrecentado. El cuerpo, ahora oliendo a cosméticos, bloqueó la vista de la señora Hawthorne al interior del cuarto mientras la puerta era cerrada tras de sí. La señora Hawthorne fue obligada a descender con un gesto imperceptible, que solo podía descubrir una mujer con los mismos años de matrimonio que ella, una mujer capaz de reconocer todas las minucias físicas del hombre con el que ha pasado la mayor parte de su vida.

La señora Hawthorne ya no compartió sola las sonrisas hacia los huéspedes. Se mudó a la planta baja en compañía del hombre de quien estaba convencida de ser su esposa. La puerta hacia su vieja recámara no volvió a abrirse. Cuando la señora Hawthorne pasaba por el pasillo de la planta alta llevando sábanas limpias, se detenía a sentir cómo el aroma a aceite de coco inundaba los pasillos.

B

3 de abril

Otra vez he encontrado su nombre en la hoja. Ambos llegamos, nos registramos en el hotel, pero jamás lo he visto. Su firma siempre está antes de la mía. Puedo ver por el orden en el listado que diez o quince minutos separan nuestra llegada. Desde hace meses me hospedo cada semana en el Hotel Zhar. El recepcionista pide mis datos. Firmo la libreta, voy a la página y leo: «B». Es una letra escrita con elegancia, encajada con clase entre dos renglones, una grafía detallada que juega en las orillas. Durante los días posteriores no logro obtener señales de él.

22 de abril

Otro viaje más. Regreso al Zhar. Me registro y veo su nombre. Le pido al sujeto del mostrador que me diga la habitación que ha tomado B. El empleado se niega a compartir información de cualquiera de los huéspedes. Le está prohibido discutir sobre ese tema.

Espero entre los distintos pisos. Intento imaginar qué apariencia tiene. Veo rostros y trato de descubrir si alguno de ellos le pertenece. Ninguno parece tener su gracia. Los huéspedes son tan ordinarios y comienzan a incomodarse por mi presencia constante y la mirada inquieta. Un extraño que aguarda en el pasillo.

Renuncio a los dos días y vuelvo a partir.

11 de mayo

Sigo encontrando su nombre detrás del mío. Se ha vuelto una necesidad conocerlo. Su firma en el registro se convirtió en parte de mi itinerario. Llego al hotel y, al no verla, de inmediato regreso varias hojas para saber si B habrá anotado su salida en días anteriores. En otras visitas al Zhar, su nombre salta en la primera página. Anoto el mío justo debajo del suyo, hago movimientos delicados, rozo con mis líneas la intransigente be con la que escribe su alias. Me aventuro a que mi firma comparta algunos renglones con la suya. Siento la necesidad de que nuestros trazos se conozcan y que levantemos un muro entre nosotros y los demás huéspedes.

7 de junio

Aun después de estar en el mismo hotel en repetidas ocasiones, me es imposible tener la seguridad de su apariencia.guardo en el comedor a que alguien se refiera a B como si esto fuera a suceder. Ensayo discursos simulando nuestro encuentro. Nos imagino al momento del registro, le explicarí el gran hallazgo que representa ver nuestros nombres tan próximos con suma frecuencia y que obedece más que a una simple casualidad del destino de la que él no se ha percatado ya que siempre llega en primer lugar, por lo que me corresponde a mí hacerlo evidente. Esa es mi obligación.

21 de junio

Estoy convencido de saber cuál es su cuarto. Veo a una dama salir. Es pequeña y de piel morena, parece bailarina. Sostiene la llave de la puerta. Pienso que tal vez B no se hospeda solo y ese ha sido mi gran error, buscar a una persona solitaria. He sido víctima de mi subconsciente. Me apresuro a pasar frente a la entrada. Aunque es un acto atrevido y corro el riesgo de ser censurado al instante, avanzo. Imagino que veré a B sentado en el sillón tomando el café del desayuno. Antes de que logre mirar hacia adentro, la mujer tira de la puerta hasta anclar el cerrojo sin prestarme atención.

8 de julio

He decidido no partir del hotel sin antes conocerlo. Dejé un mensaje con el administrador en donde le sugería a B que nos reuniéramos en la sala de la recepción. El administrador me miró consternado. Una de las mujeres de la limpieza me dijo que no podía conocer a nadie solo por una firma, pero hay un huésped que visita el hotel con frecuencia, «Casi tanto como usted», dijo. Me dio algunas de sus señas particulares rematando con la frase: «O es lo que recuerdo».

Busco a B como si llevara conmigo una fotografía. Miro al suelo tratando de visualizar su imagen ficticia, pienso en mí como un antropólogo forense. Voy al bar del hotel. Hay un hombre sentado cerca de la barra. Creo reconocerlo. No se apega en lo absoluto a la descripción de la mucama, aunque quizás ella no lo vio con la atención merecida; también podría ser una idealización mía. Fijo los ojos en él, sé que alguna vez pudimos chocar de frente. Podría ser B, sin duda; esperaba a una persona menos vulgar. No me atrevo a acercarme. Antes de abordarlo quiero saber su nombre de pila. Él tampoco sabe nada sobre mí. Estaríamos en un empate, podríamos utilizar eso como tema de conversación para romper el hielo.

Nos han interrumpido. Dos hombres se acercaron a B y se lo llevaron mientras vociferaban. Los sigo hasta la piscina. Me impiden la entrada porque no llevo traje de baño. Me quedo afuera y vigilo los movimientos del grupo de hombres. No pienso dejarlo escapar. Se remojan rápido, salen del agua y se dirigen a las sillas. Hemos quedado a dos metros, solo nos separa el cristal. Desde aquí tengo el ángulo perfecto para observar a B. A esta distancia, ya no estoy tan seguro de que sea él. Ni siquiera sé si verdaderamente había visto a ese hombre. Decido que no es él y regreso vencido a mi habitación.

12 de agosto

No he vuelto a saber nada de B en mis últimas visitas al Zhar. Sigo recibiendo a clientes en el *lobby*. Me paro en el escritorio de la recepción para firmar la salida. Junto a mí se detiene un proveedor con dos cajas llenas de invitaciones para el próximo aniversario del

hotel. Se adelanta pronto a anotarse, los tiempos de las entregas lo han llevado a economizar el abecedario. Un movimiento breve, fluido y exquisito sobre la hoja. Su letra es sin duda maravillosa. Por otro lado, en ocasiones se puede ser tan ordinario.

SILENCIO

Podría estar menos solo. Eso sin dudarlo. Aquí me acompañan los ecos. Duelen las personas. No tanto como las sombras. Cuento las noches. Mañana voy a repetir «Una más. Otra vez ha oscurecido». Y pensaré en que el día anterior dije lo mismo y que probablemente al día siguiente también lo haré. Aunque los ecos se escuchan en cualquier momento del día. Ola desafortunada pues ante la locura he preferido ignorarlos antes que preocuparme y saltar al precipicio. ¿Y cómo le llamaría a este sórdido cuarto de motel al pie de la carretera? Algunas veces respondo al llamado invisible que me pide la hora. Cada puerta está vacía. Los ecos también son voces distantes. Antorchas inanimadas que me piden avanzar hacia sus destellos. Anhele la incompreensión y el escalofrío.

Busco el cenicero, pero cae. Golpea el piso. El sonido arrasa la tranquilidad con el *trac-trac* que cruza por el suelo. Me hará ver cuán solitaria y vacía es la habitación. La luz que entra por la ventana me deja ver dónde ha caído, luz proveniente de los autos que llegan al motel y que lanzan sombras divertidas al interior. Títeres que se burlan y se arrastran con libertad por las paredes.

Recuerdo que al traerme, dijeron que me quedara, alguien vendría a hacerme compañía. No quise irme. No pronuncié ni una palabra. Todo parecía tan novedoso. Estaba intrigado. Aún hoy no me siento nervioso cada vez que alguien llama a la puerta. Sé distinguir el bien del mal. Pero dejó de preocuparme cuando me condenaron a no sentir el tacto entre mis muslos. Hoy puedo decir que es reparador. Dormir sin miedo es conocer el sueño por primera vez.

Pude quedarme en casa, pero quise salir; encontrarme desamparado entre esos bultos púrpuras. No hubo inocencia a la que renunciar. Me trajeron a esta habitación. «Aquí estarás seguro, y tendrás dinero cuando lo necesites». No necesito comprar nada. Me traen obsequios. Aquí hay cama y televisión.

Tengo un dibujo pegado en la nevera. Una casa y tres personas afuera. Es un dibujo infantil: mamá, papá e hijo. La mayor falsedad. Se nota la falta de vida donde no hay luz. Permanezco recostado inerte sobre la cama mientras ellos terminan. De espaldas. Varón y varón se censuran. No anhele la libertad. Busco un fantasma que me ayude a deambular ideas fijas en este llano pecho. Intento pensar en una hora pausada. Mis manos son sonámbulas y mi garganta se ha distanciado de mi cuerpo mientras respira las voces, el ruego decadente que palpita en calma hasta la libertad de la semilla. Duermo tranquilo, muere el sueño hospedado en la franquicia de la carne. Trueno en mí una gravedad viscosa. A ratos acorta la espera. Las voces llegan desde afuera. No puedo culparlos de quitarme el descanso. Luego se van por largos ayunos. Estoy en vigilia constante. En el día no hay problema, hay que estar despiertos lo más que se pueda; pero me aterra la larga prolongación del silencio.

ABULIA

El cuarto es cómodo, creo que siempre ha sido así: cómodo. En este momento puedo decir que la cobija y la almohada son reconfortantes. También este suéter se siente bien al roce de mis brazos. Es un poco como si todo me dijera que no hay razón para salir de la cama. La mañana es fría, pero agradable. La mujer que hasta hace poco dormía a mi lado me ha dado un poco de pan y algunas palabras de amor. Creo que estamos juntos, pero eso depende del estado de ánimo con el que despertemos. Es mentira, ella está casada conmigo; aunque a veces lo olvidamos, no importa si los jueves y los domingos creyera amarme como si no existiera nadie salvo nosotros. Además de esta unión, no me considero especial; sin embargo, un regalo sobre la mesa me apunta lo contrario. Un pequeño presente que pese a estar ahí como una prueba de cariño, comienza a hacer mi vida imposible.

Dije que estaba cómodo y que todo me era suficiente, pero un cuaderno nuevo rompe el equilibrio. Me obliga a abandonar la tranquilidad. Debo hacer un espacio más en el librero, no se diga la obligación de llenarlo, de tomar el carboncillo y trazar líneas en las páginas para preparar un estudio más.

Ya no estoy cómodo. El cuaderno me ha gritado tres veces desde la mesa. Digo «no» con los ojos entreabiertos. No creo saber qué signifique decir algo con los ojos entreabiertos. El «no», por otro lado, es universal. Es agobiante escuchar la voz que sale de las páginas en blanco. Me levantó ofendido por la temperatura de la habitación e intento lanzar el cuaderno por la ventana. Me sorprende la tristeza de ambos. Las hojas se ablandan en mi mano. Ya no

puedo mirarlo y lo arrojé contra la pared. Puedo sentir la brisa inmiscuirse por una grieta en la ventana. Alzo la mano para sentir la caricia gélida. Uno a uno cuento mis dedos, veo a través de sus canales las fibras que escurren del lienzo y que bailan por el viento que se cuele al cuarto. El frío recorre mi cuerpo y me lleva a desear visitar la cama de nuevo.

Toda oportunidad de soñar desaparece con los pasos de Sanne subiendo las escaleras. Una vez adentro, me pregunta mi opinión acerca del cuaderno. Le respondo que fuimos incapaces de permanecer cerca. Por eso ha tenido que aguardar ignorado, como los dibujos que no contendrá jamás. Sanne dice que soy incorregible, promete que irá por el cuaderno y me obligará a abrirlo, a utilizar hoja tras hoja como a un infante. Le hago el amor para impedirselo. Le pido que imagine lo que haría con él si vuelve a traerlo. «Lo que podría hacerles», digo. Tiro de su cuerpo y nos tomamos debajo de la mesa. Cuando despertamos, Sanne dice que debe regresar a la librería. No quiere ir porque cree que sus compañeros son idiotas. Se acomoda los senos en el brasier mientras explica que su supervisora es la más idiota de todos ellos.

Los primeros días fueron difíciles, perdí mi trabajo y de inmediato me encontré en la habitación sin ninguna ocupación. Entré a la oficina de mi jefe, le hablé sobre la responsabilidad de los dirigentes y el sindicato. A principios de noviembre el señor Borst me mandó llamar, pidió que me sentara y me explicó que ya no era necesario que continuara diciendo lo que sería mejor para la fábrica. Me despidieron un lunes y toda la semana fue insoportable.

Sanne dice que trabajar en una librería es lo que siempre quiso hacer, pero ha tenido que tomar más horas en el turno. Piensa que el tiempo se mueve a toda velocidad, aunque los dos conocemos la razón; no podemos estar juntos después de pasar la noche, cuando la luna ha caído, y reencontrarnos a la mañana siguiente debajo de las sábanas sin nada mejor que contar nuestros defectos. Es como si continuáramos el largo juego de los amantes que saben que solo pueden disfrutar unas horas al día para gozarse. Sanne dice que

debo pintar, aprovechar el tiempo libre que tengo ahora para hacerlo. Me pregunto si tiene razón.

No me percaté en qué momento, pero Sanne ha levantado el cuaderno hasta la mesa de noche que tenemos a un lado de la cama. O tal vez haya llegado solo. Bien podría haberse arrastrado hasta aquí con la voluntad de desbaratar la paz del mediodía, o de descomponer la posibilidad de seguir durmiendo ante el frío que se acorruca como un gato entre las cobijas. Junto al cuaderno, Sanne ha dejado unos trozos de lino que espera que tense en el bastidor. Insiste en que tome los pinceles, se rehúsa a verme explotar en otro trabajo. No es algo que quiera yo tampoco. Le haría el amor a Sanne todos los días solamente para disuadirla y evadir el tema; sin embargo, el cuaderno no deja de recordármelo. Han van Meegeren se dedicó a la falsificación de cuadros. Debería contratar a un imitador que concluya mi obra; toda ella. Al menos eso me daría tiempo para descansar. Después arreglaríamos lo de la firma al pie del cuadro.

Sanne me ha enviado un mensaje al celular, dice que puede verme y sabe con exactitud lo que hago; me ordena que ponga los pies fuera de la cama. No sabe que aquí el frío se ha intensificado y me niego a levantarme por otro suéter. Dice también que llegará tarde. «Son unos idiotas», concluye el mensaje. Sé lo que intenta. Tomo el cuaderno, lo pongo entre las cobijas. Es una intimidad distinta a la que tengo con Sanne. Incluso de más tiempo. Es un fetiche que se asienta cuando repaso la textura de las hojas. Finjo que mi dedo es un lápiz. Reconozco las líneas invisibles que crean surcos que podrían rellenarse con la acuarela. Algo a lo que ya había renunciado. Tantas veces se convirtió en un bálsamo, sobreviviendo a los desplantes, a la espera de regresar en el momento menos pensado. No sé si alguna vez sentí el llamado. Lo que es cierto es que la falta de calor me noquea y la habitación es insuficiente para que pueda coexistir con el cuaderno y lo que debe representar.

Junto al mensaje de Sanne, ha llegado un correo del señor Borst. Dice que lo ha reconsiderado y que yo debería hacer lo

mismo. Pienso que debería pedirle a Sanne que solicite su viejo turno en la librería.

LA CARTA

Esta tarde llegó una carta. El sobre, párvulo y con un nombre al cual no creo reconocer, se asomó por la rendija de la puerta. Lo sostengo con excesivo cuidado. Debe haber sido un accidente, llegó sola. Hoy no es el día de entrega. Me cohíbe acercarme a la entrada. Dudo sobre los pasos, aun así hago un esfuerzo para tomarla de inmediato; la meto en uno de los bolsillos del suéter. Sé que si se la entrego, esta desaparecerá ante su mirada indiferente. Sin embargo, no me atrevo a abrirla en su ausencia. Ni siquiera puedo espiar el interior a contraluz. Sé que no es correcto. La curiosidad me corroe más fuerte ahora que me convenzo de que no voy a abrirla. Espero en soledad con un sobre sellado.

Él siempre está encerrado. Nunca sale de su habitación, se niega a conocer noticias del mundo. Esto terminó por afectarme a mí también. Quiere que yo tampoco sepa nada, cree que puedo equivocarme y revelarle asuntos intrascendentes que terminarán estropeando su humor para toda la tarde. No quiero darle el sobre, desaparecerá tan pronto le ponga la mano encima. Lo miro por largas horas, escondiéndolo cada que lo escucho llamarme para continuar con su dictado.

Hace quince días que conservo esta carta. ¿A qué le tengo miedo?, ¿a él acaso? Me asaltan estas dudas. Sé que no quiero ofrecérsela. Aún es tiempo, tan solo son quince días. Cualquier excusa puede funcionar. El sobre está un poco marchito, se ha ido arrugando y oscureciendo por el sudor; me pongo nerviosa al sostenerlo. Me acuesto a dormir, pero tengo que mirarlo de nuevo. Me obsesiona no saber el contenido. Hace tanto que no me permite

salir. No es un encierro. Puedo irme cuando quiera. Si me voy no podré regresar más. Es la única condición. Sabría demasiado para entonces. Aquí no pago renta ni comida; sin embargo, es tan oscuro este deseo. Podría abrir la carta sin decirle nada. De la forma que sea, a él no le importa su contenido. Si tan solo pudiera leer un par de líneas, conocer a detalle una idea de todas las que deben anidar ahí.

Cada noche extraigo el sobre y lo oculto debajo de la cómoda. El nombre del remitente ha dado paso a la confidencia, pienso que es a mí a quien le ha escrito, que somos íntimos de hace tiempo, pronto el ímpetu se pierde ante una justificación que me aleja del delirio.

No he querido regresar esta noche a su cuarto. Me dictó un par de párrafos antes de ponerse el pijama. Me dijo que volviera en veinte minutos para terminar la sesión, pero no lo he hecho. Me quedé dormida al poco rato esperando ponerme el camisón. La fatiga ha comenzado a golpearme. No soy una mujer de edad. Al contrario, cada mañana al llevarle el desayuno, le sorprende mi apariencia, dice que me hago más joven cada semana. Estos días, sin embargo, creo que mi habilidad para rejuvenecer se detuvo. Me encuentra distraída y repito las mismas cosas. Mi cabeza se ha mudado y no comprendo al lugar a donde ha ido. Aprieto los dientes frente a él. Mis labios han renunciado a decir una palabra. Mis ojos, por el contrario, deben decirle mucho más. Me ofrece café, dice que es del que guarda en su gaveta especial. Me niego. Mi gusto por la comida se ha ido, así como la naturaleza afable que me era cotidiana. Temo una enfermedad. Entonces no podría alejarme de esta casa definitivamente.

Por fin le entregué el sobre. Dice que no volverá a abrir una carta en su vida ni a tener noticias del exterior. Quiere dejar en claro su separación del resto del mundo. No conozco a nadie con la necesidad de encerrarse en sí con la ambición de que todos los mensajes y periódicos desaparezcan de una vez.

—La carta —le digo mientras extiendo el brazo y persigo sus manos con los ojos en espera de que tome el sobre y me reprenda.

No lo hace.

Contrario a mis temores, no hay ningún comentario de su parte. Prevalece el anhelo de verlo empuñar el abrecartas y descubrir lo que está escrito ahí. Algún gesto suyo que me descubra algo. Agudizo la vista cuando lo veo llevar el sobre al escritorio. Me doy cuenta de que está sucio, me había acostumbrado al tono pardo que adquirió como consecuencia de mi fijación. Lo mete en el cajón y mi mirada se interrumpe. Camino hacia la lámpara para hacerle notar que ha oscurecido. Asegura que no piensa abrirla, pensando que ya dejé de escucharlo. Dice que eso es todo por esta noche. Hace énfasis en estas palabras, como si mi presencia se convirtiera en una amenaza.

—No hay nada ahí que pueda interesarme —contesta fríamente, aunque sé que se refiere a ambos.

Un ligero escozor recorre mi espalda. Me guardo las palabras en la garganta y salgo rumbo a la cocina. Estoy segura que regresará al cajón. Lo sé. Notará que hay algo extraño con la fecha. La carta fue enviada hace más de un mes y sabrá que ha estado en mi posesión todo este tiempo; no es posible fingir que llegó esta tarde. No podría haber tardado tanto. Reconozco el error. Mañana querrá escuchar una explicación.

No puedo más. Hace tres días que la carta permanece en el cajón. Ni siquiera se dignó a mirarla. La alcoba se llena con una nube de ansiedad. Soy tan tonta por entregarle el sobre. Me siento condicionada. Eso me aterra más. Vivir empobrecida. Él cree saberlo todo, incluso cuando más ignora. No puedo huir. Si de algo estoy convencida es de esa poca voluntad. Pero si voy a vivir aquí, debo de saber algunas cosas al menos. Escucho su voz. Me busca. Tengo que encontrar la forma de entrar a su alcoba y distraer su atención del escritorio. Llevarme esa carta del destierro de la realidad a la que nos ha condenado a los dos.

No puedo dejar el sobre ahí por más tiempo sin conocer su interior. Voy a su habitación. Respiro con calma mientras le llevo el café. Me pide que tome la libreta. Cierra los ojos para concentrarse y recordar en qué se quedó la sesión anterior. Abro lentamente el

cajón. Escucho sus pensamientos como si fueran pasos acercándose a una habitación imaginaria donde he escondido la esperanza. Me apresuro, en cualquier momento saldrá de su abstracción y hará presencia en este cuarto que ha convertido en un búnker.

Me despido pronto. Le digo que pasaré las notas en limpio en mi alcoba si no le importa. El sobre ahora está en mis manos. Lo saco del interior de mi blusa. Lo toco. Me maravilla la posibilidad de descubrirlo. Tiemblo. Ya no puedo. Ahora que estoy tan cerca vuelve el miedo. No pensé que me pesaría tanto su contenido una vez resuelto. Es una carga demasiado grave. Nos parecemos tanto él y yo. Ya es tarde. Ahora también prefiero ser prisionera de esta ignorancia.

A LAS ESCONDIDAS

—Promete que te quedarás de este lado de la puerta. Está prohibido que entres ahí. Soy tu hermana mayor, debes escucharme. Promételo. —Rodolfo hace una mueca de frustración. No está de acuerdo, pero no quiere desobedecer; no hay nadie más que juegue con él.

Rosa lo amenaza diciendo que encontrará monstruos. Lo que sea para que no entre. Rodolfo no sabe cómo puede creerle. Su mamá está ahí adentro. Ese es su cuarto, aunque ha dejado de salir. Ambos permanecen en la sala. Rosa recuerda todos los días abrazarlo, pero Rodolfo extraña las caricias de su madre. Hace días que les ha retirado la palabra. Rodolfo espera que salga en cualquier momento y lo lleve hasta su pecho.

—No es tu culpa —le dice Rosa al borde del llanto—. Hoy no despertó bien. Es un mal día. Lo mejor es dejarla tranquila. Sobre todo ahora que no está papá. —Ve a Rodolfo, sabe que no debe mencionar a su padre. Corre a llenarlo de besos—. No te preocupes. Todo estará bien. Ya lo verás, estoy contigo.

Su madre se niega a dar un paso fuera de la habitación. Cierra la puerta como si alguien fuera a ir tras ella. Rodolfo es muy pequeño aún, no comprende la indiferencia de su madre. La escucha llorar, quiere entrar a consolarla, pero Rosa aparece solo para apartarlo.

—Ya se le pasará. Anda, juega conmigo. Yo no voy a dejarte. Estaremos juntos siempre. Rodolfo le cree. En este momento creería todo lo que le dijeran. Pero quiere saber por qué su madre no le habla. Para eso Rosa no tiene respuesta. Hay que darle tiempo a mamá.

Al anochecer, Rosa encuentra a Rodolfo de pie frente a la puerta de su madre. Le dice que no debe entrar, pero Rodolfo está decidido. Lo abofeteaba de inmediato cuando ve que da un paso hacia adelante. Intenta disuadirlo. Al ver sus lágrimas solo se le ocurre abrazarlo.

—No entres. Te lo he dicho. No ves que vas a molestarla. Nos van a llevar lejos. Debes comprender. Mamá se enojará conmigo. Me lo dijo antes: «es tu responsabilidad». —Rodolfo intenta limpiarse las lágrimas, corre detrás del sillón y trata de ocultar los sollozos.

Su madre no lo soporta. Pasa todo el tiempo dentro de la habitación. Antes el doctor tenía que visitarla, la medicaba para serenarla y que pasara todo el día dormida. Es más fácil procesar la vida si se está ausente. Al final lograba olvidarse de todos. Rosa quisiera poder explicárselo a su hermano.

—Recuerda que no le gusta que llores. Todavía te quiere. Ella te extraña también, pero vas a tener que portarte mejor.

Rodolfo sigue tratando de aproximarse a su madre, pero Rosa se lo impide. Le corta el movimiento con los brazos extendidos como si fuera una muralla. Le pide que espere.

—No puedes dejar que te vea así. Debes estar bien arreglado. ¿No lo prefieres, que te vea como un niño bueno? Deja te limpio antes —le dice mientras se lo lleva con ella y le entrega un conejo de peluche—. Es mi favorito. Será tuyo si estás tranquilo. Promete que ya no vas a llorar. Después podemos ir juntos a ver a mamá. Hay que darle espacio. Tiene que entenderlo ella también. Cuando esté lista nos recibirá. Ahora que está sola es más difícil. Tú tienes que cuidar del conejo. —Rodolfo asiente con la cabeza mientras sigue la mirada inanimada del peluche—. Debes dejarlo en mi cuarto. Vas a tener que venir a jugar aquí con él. Mamá se pone mal si ve alguno de los juguetes extraviado en la casa. No hay que hacérselo más difícil. Ya mucho tiene que soportar ahora sin papá para ayudarla.

La cara de Rodolfo vuelve a descomponerse. Rosa no sabe qué otra cosa decir. No tiene respuestas. Solo sabe que debe cuidarlo.

Se desespera y lo toma de la mano.

—También papá te quiere, pero se fue. No dejó una nota. Yo también hubiera querido despedirme.

Rodolfo continúa sin comprender. Perdió a su familia en un instante. Excepto a Rosa, que es la única que le presta atención. Pero él es tan pequeño. Necesita de toda la seguridad que puedan darle. Eso no lo hace Rosa. Le cuesta aceptarlo. Tampoco puede buscar a su padre. Rosa se lo aclara.

—No debes salir. Aquí estás seguro. Aquí puedo saber a dónde te metes todo el tiempo. Él se ha ido lejos. No vas a encontrarlo. Te perderías y no volveríamos a vernos. Quedaríamos solos. ¿Quieres eso?

Rosa no ha visto a Rodolfo en todo el día. Lo ha buscado en los otros cuartos de la casa, incluso en los lugares donde suele ocultarse. Únicamente le falta la habitación de su madre. No cree que haya entrado. No debería hacerlo. Se lo prometió. Ella tiene que cuidarlo. Siempre ha sido su responsabilidad. Lo acompaña todo el tiempo a esconderse, por eso estaban juntos debajo del coche de su padre, pero él no podía saber que estaban ahí. Nadie habría adivinado. Rosa sabe que no es culpa su padre, no tenía que dejarlos. Rosa debe cuidar de Rodolfo, nadie más lo hará ahora. Su mamá ya no se interesa. Rosa se acerca al cuarto, gira la perilla con miedo. No hay ningún sonido que la haga arrepentirse. Ve a su madre despertar sobresaltada mientras Rodolfo ha llevado su mano cerca del cabello de ella. Trata de acariciarla con sus dedos pequeños y traslucidos. Rosa avanza hacia ellos. Le extiende la mano a Rodolfo para que la acompañe. Deben darle más tiempo. Su madre sigue angustiada, se ha puesto pálida. No sabe por qué se ha abierto la puerta. Rosa podría explicarle, pero no la escucharía de todas formas. No pueden hablarle, nadie cree en los aparecidos.

HABITACIÓN EN OTRA PARTE

¿Qué haces, Roberto, que no vienes? Por favor, ven. Estoy tan calma; sin embargo, toda yo tiemblo por el deseo de estar con alguien. Aquí todo es como una gran soledad. Incluso yo misma podría ser que no me encuentre aquí. Me miro al espejo y no me reconozco. Cada día soy alguien distinta para mí. Me pregunto si habré cambiado para los demás también.

El otro día —y digo el otro día porque bien podría ser en este año o hace tres— vi mi reflejo y te juro, Roberto, que estaba viendo a otra mujer. Si me lo preguntaras, no podría decir con exactitud cómo soy ahora. Me preocupa que cuando vengas me tomes por otra persona y mudes tus pasos de aquí. No lo soportaría, Roberto. Así como todos los demás me tienen olvidada en este lugar. Al menos si alguien me dijera dónde estoy.

Roberto, Roberto... Me gusta tu nombre y creo que si lo digo estarás aquí más pronto. Pienso que vas a entrar por la puerta y me buscarás con tus brazos esperando hallarme sorprendida. Y yo me entregaré por fin a tus manos largas como me he imaginado tantas veces que sucederá cuando te vea. Aunque también es crudo, Roberto, no sé por cuánto tiempo he fantaseado contigo, con nosotros y soy tan consciente de que es un sueño.

Ay, Roberto, qué brusco has sido. Me acostumbé a tu espalda. Enorme. Tengo fantasías contigo. Pero no son fantasías del todo, sabes. Sé que hicimos el amor tantas veces, aunque también hay recuerdos que reviven en mí y que prolongan la experiencia. Algunas veces cuando voy al baño y veo mi sexo pienso en ti. Aquí no se permite olvidar. Las horas son como días. Ya no sé si hay

semanas o son minutos que alguien se encargó de estirar sin cuidado.

Me doy cuenta de que las cosas envejecen. Yo lo hago. Deberías ver mis manos, se han hecho viejas en un instante. Son sombrías y un poco como de muerta. Aún tengo la misma pasión que antes, Roberto; si no es que más. Aunque, Roberto, deja te digo que hay algo de eterno en este sitio. También eso me preocupa, ¿será que el amor también dura el infinito?

Te lo suplico, Roberto, anda, cariño, ya ven. Trae alguno de tus colores. Necesito alegría en esta parte. Aquí las paredes son negras. Odio ese color, Roberto. Contigo no me importaría. Me podría quedar ciega y aun así sería feliz. Estoy mintiendo, necesito verte, mis manos solo sirven si mis ojos les dicen que eres tú; así como mi pecho se agita si reconoce en mi boca tus labios.

Sabes, Roberto, aquí hace un calor terrible, nunca dejo de sudar a chorros. Me appena confesártelo, pero la mayor parte del día estoy sin ropa. Al principio me daba vergüenza, pero nadie viene aquí. Creo que con mi resignación se ha ido el pudor. ¿Recuerdas cuando me mirabas todo el día en sostén? Fui tan tonta por no aprovechar mejor nuestras noches. A veces pienso que yo te alejé. Pero es mentira, ¿no, Roberto? Eso ya no importa. Ahora solo puede haber paz entre nosotros y tanto amor.

No sé si recuerdes mi cuerpo como yo el tuyo. Si vieras cómo se han debilitado mis senos, ya no los veo firmes; tampoco siento más fuerza en mis piernas. Todo lo que me recorre ahora es un bochorno angustioso. Roberto, por ti es por el único que imploro. Qué me importa que ardan cien soles aquí. Juntos no pasaríamos hambre alguna.

¿Cuándo fue la última vez que comí, Roberto? ¿Fue contigo en el restaurancito que tiene Tomás? Ya no estoy segura de ninguno de mis recuerdos contigo. No sé si llegarás a tiempo antes de que olvide todo. Sé que dije que no se vale olvidar, pero ya no sé qué es verdad, por eso temo que también te vuelvas un recuerdo y que no sepa si yo te inventé. ¿Y qué tal si te estoy inventando ahora mismo, Roberto? No, no es verdad; yo no podría. Eres demasiado fuerte en

mí, tan real como que yo misma te extraño todas las noches con mis muslos y mis talones. No se podría extrañar así a un invento.

Me estoy cansando, Roberto. Mi cabeza te llama, pero siento que mis palabras se fatigan, no de ti, ni de tu nombre, sino de hablar, de hablarle a la nada. No sé si me escuchas, Roberto. Ya no tengo seguridad. Solo quiero dormir. Besar la humedad de la cama donde hemos retozado. Una sola noche rodeando tu espalda me daría fuerza para soportar los años que hagan falta.

Ya no voy a esperarte, Roberto. Hace tanto que espero. Te espero. ¿Dónde estás, Roberto, que no llegas? Me impaciento. Me digo que voy a irme y que no te esperaré más. Pero a dónde. He visto por la ventana y no reconozco este lugar. Hay bruma en el exterior. Veo tantas otras habitaciones. Pero no hay nadie en sus ventanas. No sé cómo, pero tengo que escapar. Me siento más ausente últimamente. Estoy embebida por el cuarto. Somos uno. El otro día se abrió la puerta. ¿Sabes qué hice, Roberto? Me escondí en un rincón. Pertenezco a esta habitación. Por eso deseo escapar, aunque creo que no lo quiero de veras. Por ti lo haría todo, pero por mí ya no podría hacer nada.

¿Acaso llegué muy pronto? Eso dicen todos antes de venir aquí: «Aún no, es muy rápido». Si de algo me arrepiento es de nuestras distancias, de sexos, de cabellos juntos. Si pudiera salir de esta habitación todo sería más soportable. La puerta ya no volvió a abrirse. Creo que me estaban probando. Si se abriera de nuevo, aprovecharía la oportunidad. Podría ver cosas que me recuerden a ti. Así sabría que no te olvidaré ni un instante. En el cuarto no hay nada que se parezca a ti, Roberto. Solo tus flores.

Veo tus flores, Roberto. Siempre las veo. A ti es a quien nunca encuentro. Despierto y tengo tus flores junto a mi cama. Es tan triste que no tengan una nota. Quisiera al menos leer unas palabras tuyas. Son tan herméticas las flores sin tarjeta. Huelen a cementerio. Si supieras qué falta me haces. ¿Te veré algún día, Roberto? Y si tú vas a otra parte y no vienes a este sitio. ¿Cómo sobrevivo a eso? Me da risa cuando me escucho decir eso. Más me parece que estoy

muerta. Pero no, Roberto. Si estuviera muerta lo sabría, ¿verdad? Por eso te quiero aquí. Sé que contigo nada me daría miedo, ni la muerte, ni la vida. Aquí todo es trágico.

Oigo voces, Roberto. No te lo había dicho antes. Creí que se irían si me callaba. Todas las noches escucho lamentos que me llenan de temor el alma, eso es lo que queda de mí. Por eso no quiero estar sola. Pienso que en cualquier momento llegarán y me alejarán definitivamente de ti. No lo soporto. Estoy muerta de miedo, Roberto. ¿Será este mi infierno?

AIDÉE

El perro de Aidée siempre actúa distraído. Sordo, anda por la casa paseando a las ideas de Aidée que no le quita los ojos de encima. Yo me tumbo en una silla en el balcón del cuarto a leer el diario mientras el niño del piso de arriba me ve a través de los barrotes del barandal. Lo veo también. Parecería que ambos lleváramos la cuenta de las veces en que Aidée le aplaude a Bobó cada que este obedece al «siéntate» o al «date vuelta».

Aidée y Bobó, Bobó y Aidée. Son una pareja singular y sin embargo necesitaban tan poco uno del otro. Yo sigo afuera leyendo. El niño mete y saca la cabeza por en medio de los barrotes. Lo ignoro siempre y él parece percatarse de ello, entonces se inclina sobre su balcón cuidando los movimientos para no caer desde esos dos metros. Después vuelve a ocultarse. Yo no le haría nada malo. Quizá nos ha escuchado jugando a Aidée y a mí, pero no creo que entienda las cosas de adultos.

Aidée sale al balcón a jugar con Bobó. Es un *poodle* de pelo corto y gris. Aidée debió elegir ese nombre la tarde en que tía Martha le dijo que era una raza francesa. Me resulta igual de torpe, no importa de dónde lo hayan importado. No me gusta que Bobó se acerque a mí. A veces lo golpeo para alejarlo, pero si Aidée me mira hacerlo corre y se deja caer al suelo para abrazarlo, después me mira y me insulta, «Tonto, ¿qué haces?, si es tan solo un perro. Ya, Bobó, ya, le dice». Y lo acaricia y lo levanta como si se tratase de alguna de sus muñecas. El perro solo mueve la lengua, a él en realidad no le interesamos.

Aidée me mira, y yo miro sus piernas. Se pone nerviosa, voltea hacia el cuarto de tía Martha y se sonroja arrepentida, entonces me llama primo, Roque, primito mío. Me dice que no vuelva a pegarle a Bobó. Y así, recordándome nuestro parentesco sabe que no soy capaz de dar un paso más. «Ya no, está prohibido», dice. Después ya no quiere mirarme, y mañana de seguro tampoco querrá mirarme. Le agarro la mano y le pido que no diga eso. Ella cierra los ojos, estoy seguro de que piensa en las veces que quiero besarla, pero Bobó no se calla nunca y después llega tía Martha. Aidée siempre piensa en eso, lo sé por la manera como me mira cuando le acarició el pelo o cuando le digo, «Aidée qué hermoso vestido». Pero soy incapaz de pedirle que haga nada contra su voluntad. Recuerdo cuando me dice, «No, Roque; no está bien». Es la misma voz con que manda detenerse a Bobó cuando juega con las cortinas de tía Martha.

Fui temprano a la tienda de relojes. Aidée me escucha entrar y me llama desde la sala, «¿Qué harás mañana, Roque?». «Nada», le digo. Salgo al balcón y ella me sigue con Bobó en los brazos. Ahí está aquel niño. Nos mira desde la ventana. Lo miramos desde el patio, y así todos los días. «¿Qué has dicho?», le pregunto como si hubiera olvidado su pregunta y que acabo de responderle. Aidée se molesta y se alza irritada sobre los talones porque siempre me reclama que no le pongo ninguna atención a lo que dice. Entonces se queda seria y me pide que la lleve al parque. «Pero, ¿por qué al parque?», le pregunto. Ella me mira y enmudece, sé que le gusta ir para jugar con los juegos. Pero no quiere decírmelo porque sabe que le diré que solo es una niña y nada más.

Convencí a Aidée de quedarnos a jugar en la habitación de tía Martha. Le dije que estaba seguro de que llovería, «Así es, Aidée, lo leí en el diario esta mañana». Ya no le gusta estar sola conmigo. Tía Martha salió y no ha regresado. Empiezo a culpar a Aidée de haber olvidado alimentar al perro y eso la hace enojar. Le pido que juguemos a eso que le molesta tanto. Hemos crecido juntos, por eso siempre quiero estar con ella.

Aidée está arrepentida, lo puedo ver en su mirada. Me siento mal por ella. En verdad no quería hacerla sentir así. Torpe perro que no se calla. El niño de arriba me vio salir. Me mira fijamente. Estoy seguro de que nos escuchó. Sé que piensa que soy una mala persona. Pero no lo soy, en verdad que no. El perro también es torpe y Aidée lo quiere. Pero no es mi culpa que sea un animal tan tonto. Ni tampoco es mi culpa querer a Aidée.

SANTA TERESA

Ignacio había pasado los dos últimos veranos en la hacienda de su tía Ofelia, en el poblado de Santa Teresa. Incluso le dieron su propio cuarto. «Para cuando quiera venir a visitarnos, mijo». La habitación tiene una ubicación envidiable, se encuentra en la zona más fresca de la casa, a un lado de la recámara de sus tíos; además, tiene acceso al pasillo principal, por el que puede escabullirse a la cocina sin alterar la paz de los canarios que habitan en el patio interior.

Su padre lo acompaña hasta el pie de la carretera donde lo espera su tío. Se rehúsa a ir más allá. Se despide fríamente. El único lazo ahora entre ellos es Ignacio. Le da la mano a su hijo como si fuera un adulto, le pide que obedezca a todo o ya verá a su regreso. Ignacio se queda con la advertencia antes que con la bendición.

En la hacienda, Ignacio sale escasamente del cuarto. Su tía le dice que es una pena, la vida en el campo es maravillosa. Las actividades transcurren para Ignacio desde la ventana, mira a los perros persiguiendo a las gallinas, ve a Eduviges tiznarse las faldas mientras enciende el carbón. Por las mañanas, despierta con el canto de los gallos y un frío nervioso que nada tiene que ver con el bochorno nocturno. Su tío se pone de pie temprano, se calza las botas y la chamarra con borrega, la primera cosa que aparece en la mente de Ignacio cuando piensa en ellos.

Su tía cree que Ignacio debió nacer en Santa Teresa, que sería más despierto. Piensa que su madre se equivocó al irse a Guadalajara. Las raíces se heredan. Además, está segura que Eduviges habría ayudado mejor que los doctores, y no tendrían a un

niño sereno y taciturno, deseoso de evitar al mundo; un gato en la ventana tratando de entenderlo todo, dice Eduviges. Cuando su tía Ofelia entra a la casa, Ignacio corre a refugiarse dentro de su habitación, como si solo ella pudiera protegerlo allá afuera. La acompaña a la hora en que preparan la comida, pero tan pronto se despide, Ignacio huye de nuevo al cuarto. Ni siquiera Eduviges logra convencerlo de ayudar a darle de comer a los animales.

Ignacio desaparece hasta la hora de la cena. Le piden que no cierre por dentro. Su padre le ordenó que obedeciera. Una tarde Eduviges lo sorprendió casi desnudo, Ignacio no supo qué decir. Había alcanzado el pudor de la primera juventud o la infancia tardía. «El calor», fue lo único que supo decir Ignacio lleno de vergüenza. A partir de entonces únicamente lo llaman desde fuera. Los primos de Ignacio son más grandes que él y no viven en México. Tampoco hay interés mutuo. «Yo juego contigo», dice su tía, y lo acaricia como a un pájaro al que acabara de rescatar y le detiene la cabeza contra su pecho. Ignacio lleva su cuerpo hacia el de ella, le gusta sentir la tibieza que lo recorre y termina por concentrarse debajo del cinturón de mimbre que le regaló su tío por no tener a quién más darle esas miniaturas. A su tía Ofelia le hubiera gustado llenar la casa con voces infantiles que recorrieran todos los pasillos, a diferencia de la personalidad de Ignacio, quien le resulta tan solitario y retraído.

En la pared del cuarto había un Cristo colgado que Ignacio escondió detrás de la cómoda. Cuando Eduviges lo encontró en el piso sus gritos se escucharon en toda la casa, amenazó a Ignacio con el juicio divino y se llevó el Cristo a donde no volvieran a ofenderlo. Ignacio había escuchado a sus primos. «Todo lo ve. Él sabe lo que piensas. Lo vas a hacer llorar si no te comportas». Piensa que es tarde para arrepentimientos, de una buena vez podía despedirse del confesionario, no sería la primera ocasión en que termina por sorprender al sacerdote.

A Ignacio le permiten que haga a su gusto. «Déjalo así, Eduviges. Se sufre mucho sin una madre. No sabe estar con las personas. Es como un animalito triste», dice su tía Ofelia al recibir las quejas de Eduviges, que ya no sabe cómo recuperar sus

energías para educar a un niño. Es en la habitación donde Ignacio juega y aprende lo poco que puede sobre la vida en la hacienda, además de los salmos que lee su tío en la mesa.

Ignacio se separa de ellos, guarda distancia mientras los observa desde la pequeña atalaya. Por la tarde, deja caer sus calzones húmedos por el sudor templado. Intenta dar remedio al calor que aumenta la incomodidad en su entrepierna y que provoca que se levante eso, como le dice su padre cuando intenta explicarle cómo funcionan las cosas de hombres. Ignacio siente un dolor agradable, aunque esto no se lo ha dicho al sacerdote. Le gusta meter al cuarto los álbumes de fotografías. Aunque sabe exactamente cómo se veía su madre de joven, su imagen no lo entusiasma. Son los retratos de su tía los que lo hacen pasar horas en silencio. Observa con celos a sus primos mientras son abrazados por su tía Ofelia en las fotos.

Ignacio reconoce el sonido de los hilos de agua saliendo de la regadera. Se acerca a un agujero que descubrió en la pared desde su primera visita y que ha ocultado desde entonces con ayuda de un cuadro de San Judas Tadeo que le regaló Eduviges. Le queda algunos centímetros por arriba de los ojos, aproxima un tabique para compensar la altura. Del otro lado, en la alcoba vecina, observa cómo se desliza la toalla a través del cuerpo de su tía Ofelia. Aparecen los senos aún húmedos y reflejan la luz que atraviesa las cortinas de algodón, se acentúa su forma mientras la línea sinuosa llega con ansiedad hasta el estómago de Ignacio. Los movimientos de su tía por el cuarto ofrecen un par de pezones oscuros para después dejar que se asome el vello poblado de una mujer todavía joven que ha encontrado la madurez en la aceptación de su cuerpo. Ignacio siente el vencimiento en las rodillas. Esta es la imagen que lo acompañará todas las noches de escuela hasta que llegue nuevamente el verano y le insista a su padre para que lo deje visitar Santa Teresa.

KAROSHI

Al inicio fueron tres golpes espaciados, casi sepulcrales. El silencio volvió por breves segundos, pero el ritmo de los nudillos regresó hundiéndose en la madera, buscando romper el letargo. Pensé en el casero quien, ofendido por el retraso en el pago, habría decidido subir a cobrar la renta con la amenaza de ponerme en la calle en ese mismo instante.

Los golpes en la puerta continuaron escuchándose por extensos minutos antes de que lograra ponerme en pie. Había estado toda la mañana peleando por deshacerme de las cobijas. El prolongado agotamiento y la insoportable jornada de trabajo durante meses, me llevaron a caer muerto a penas toqué la almohada.

Tras la insistencia, y con el pesar lapidario de mi cuerpo, me arrastré como pude hasta la entrada. Abrí la puerta, pero mis ojos se encontraron con una larga ausencia que recorría el pasillo. Miré rápidamente hacia las escaleras que conducen a los pisos inferiores. No vi nada. Antes de entrar de nuevo, mis ojos se encontraron con un sobre abandonado en el suelo. Lo recogí y llevé conmigo adentro.

En la cocina, mientras encendía la cafetera, inspeccioné el sobre de manera desinteresada. No tenía remitente. La única certeza de que había sido dirigido a mí fueron aquellos golpes pesados contra la puerta. Rompí uno de los extremos sin cuidado y del interior extraje una hoja doblada en tres partes. La taza de café quedó flotando cerca de mis labios. En el papel se me notificaba que sería reconocido con un premio. Nunca lo esperarí. Reaccioné

incrédulamente. Revisé el sobre por segunda ocasión. No guardaba mensaje alguno además de lo que ya sabía hasta el momento.

Releí la carta, repasé el texto como si fuera un niño aprendiendo el alfabeto; sílaba a sílaba descifré mi nombre. Avancé por las líneas escritas sin dar demasiado crédito. Jamás me había llevado nada en recompensa. Largo tiempo esperando que se recociera mi duro empeño, y hoy por fin se encendía una vela. Era incapaz de comprender por qué me convertía en un afortunado o cuáles eran mis atributos.

La carta explicaba que por la tarde recibiría la entrega formal del premio en este mismo domicilio. Para este punto de la mañana, había olvidado el *rigor mortis* con el que desperté y que me mantuvo en cama en un profundo sopor.

Al ser dueño de una rutina que me obligaba a llegar solamente a dormir bajo una inmensa fatiga, el departamento se había convertido en una auténtica desolación, pantalones y camisas sucias encima de los muebles, recipientes de plástico y bolsas de papel esparcidas por el suelo. Pensé que si alguien quisiera entrevistarme para la televisión, no habría poder supremo que permitiera que encontraran aquel desorden. Incluso regué las macetas que estaban secas. Había tantas cosas víctimas de la indiferencia. Y yo entre ellas. Me di un baño antes de buscar en el clóset mi mejor ropa. Lo que encontré fue un traje de dos piezas que utilicé en el funeral de una abuela segunda. Descubrí la corbata dentro del bolsillo secreto del saco. Estaba listo.

Dos horas más tarde recibí una llamada. Dejé que la contestadora atendiera, ya podía darme el lujo de no recibir mis propias llamadas. Estuve a punto de lanzarme sobre el teléfono pensando que se trataba de la comisión de juegos. Quien telefoneaba era mi jefe. Me despidió en un instante ante mi falta de interés por reportarme en la oficina. Recordé el premio, su voz en la máquina se volvió intrascendente junto con tantos otros ruidos que se colaban desde la ventana. Levanté el auricular e intenté decirle que sería feliz si no tenía que volver a encontrarme con su sucia cara, pero no me escuchó.

Cuando devolví el auricular, me percaté de que no me había detenido a pensar en qué podría consistir el premio, pues en ningún lado se especificaba. Era muy tarde para distraerme con pequeños detalles, una vez que mi rostro apareciera en los medios nacionales, cualquier periódico estaría fascinado con pagarme por realizar un reportaje. Aquel premio podría no ser un triunfo, pero me sentía satisfecho; de toda la ciudad, se había elegido mi código postal; de ahí, el piso de mi departamento; después, el número 9... Yo.

Estaba tan convencido de mi recién descubierta suerte, que incluso decidí no volver a pagar la renta y regresarle las llaves al casero esa misma noche. Tanto tiempo había tenido que soportarlo. Ahora podía ir y reprocharle no solo su terrible conducta, sino que yo haya trabajado siempre. Le diría las cosas que jamás le dije a nadie por miedo a reventarme una vena, pasando de una cosa a otra sin un descanso. ¡Qué importa si él no tenía la culpa! Ya mucho había tenido yo que pagar.

Tan solo pensarlo inundó mi cuerpo de calma. Un desahogo abismal, catártico, libre de penitencia. Durante otras dos horas estuve deambulando por el departamento. No dejaba de pensar en el premio y esto me llenaba de una felicidad hilarante que me hacía levitar. En cualquier momento mi frente daría contra el techo. Mi cuerpo se sentía tan liviano ahora que ya nada me preocupaba. Más tarde me convencí de ensayar respuestas a preguntas que aún no me había planteado nadie. Todo ganador merece sus quince minutos de fama y yo estaba dispuesto a aprovechar cada segundo.

Estaba frente al espejo cuando escuché de nuevo en la puerta los golpes entumecidos de la mañana. Unos dedos fríos hicieron un eco espectral en el departamento hasta retumbar a través de mí. Miré hacia la habitación, solo reconocí un bulto debajo de las sábanas. El trabajo había terminado por derrotarme. Caminé rumbo a la entrada. Abrí la puerta más seguro que nunca en mi vida. Me gustaría ver el rostro de mi jefe cuando se entere que me he llevado el premio mayor.

SEUDÓNIMO

Nunca me pidieron una prueba de que Joaquim Mireilla existiera. La mayoría de los compañeros no tenía idea de mi apariencia, pero todos conocían mis reportajes. A diferencia de mi cara, que se había trasladado al campo de lo intrascendente, mis palabras resonaban al interior de la redacción de *El Central*. A los lectores y a las personas del periódico les agradaban mis historias, eso era claro. Les gustaba ser persuadidos de que todo lo escrito era cierto, que cada uno de los enunciados tenía una gravedad y una repercusión. Todos quieren evitar tener que cuestionarse cada centímetro que recorren, que alguien más los convenza de que al final no se tendrán que enfrentar a la condena.

Durante los seis años que trabajé para *El Central* jamás abandoné dos cosas: mi habitación y el nombre de Joaquim Mireilla. Sobre lo primero, diré que no era del todo cierto. Salía y llevaba una vida ordinaria, además de mis visitas a la administración del diario para recoger los sobres con el pago semanal. Ningún cheque ni depósitos a cuenta o contrato laboral. Tras los primeros seis meses, los sobres comenzaron a llegar hasta mi puerta, por lo que fui reduciendo las salidas. Así que se podría resumir sobre este punto que era una verdad demorada.

Escribía frente a la computadora con una libreta donde construía protagonistas. Ninguna noticia es noticia sin su obvia tragedia, tener una situación definida sobre la cual el público pueda responder y tomar partido. En pocas palabras: identificarse. Inventé todas las crónicas, entrevistas y reportajes que escribí para *El Central*. No

había otros personajes, algunos préstamos de aquí y allá; recuerdos que me habían impresionado.

El director y el jefe de redacción estaban convencidos de que mi labor era más importante mientras estuviera allá afuera, que escribiera los reportajes que ningún otro diario publicaba y en donde se repetían las noticias. *El Central* era el único que destacaba y eso se debía, debo confesar, a mis publicaciones. Por los gastos, ni preocuparse, *El Central* era un periódico que si de algo podía darse el lujo era de tener empleados.

Sentí que el interés por trasladarme de un punto a otro fue disminuyendo. La búsqueda de un público comprometido me llevó a alterar las notas, a hacerlas más interesantes e incluso, por qué no decirlo, otorgarles un matiz literario que ayudara a alcanzar la tensión exacta, a provocar una transformación ontológica en quienes fueran testigos del resurgimiento del humanismo. A los lectores poco les importan las fracciones sociales siempre y cuando se utilicen las palabras correctas.

También para mí fue liberador. Nunca lo consideré como una farsa, no hubo intención de engañar a nadie. No era sencillo tener que superar cada texto, cada reconocimiento, alejarme de los elogios cuando lo verdaderamente importante queda marchito.

Mi decisión me llevó a no dejar la habitación, a no considerar más la posibilidad de encontrarme frente a la noticia, sino dedicar el tiempo a crear las historias perfectas, aquellas que nadie pudiera omitir, que fuera imposible dejar de leer y que hicieran voltear a los lectores hacia *El Central*, pero sobre todo al exterior, a la sociedad que se estaba gestando.

Lo difícil no era crear la trama, sino dar los datos suficientes y omitir aquellos para que nadie hiciera preguntas complicadas sin perder de vista la objetividad. Hechos tan alejados para que nadie se sintiera amenazado, pero lo suficientemente emotivos para que conmovieran a una persona que ha decidido invertir el dinero de su café.

El cuarto estaba lleno de mapas. Combinados, los lugares con acciones que ya tenía determinadas se convertían en una noticia

relevante para la portada de cualquier periódico. A veces era suficiente con saber que al menos generaba debate.

Pegados con notas adhesivas a la computadora se leían nombres y apellidos fáciles de olvidar de distintas ascendencias, trogloditas, asesinos o defraudadores. Nombres que la gente dejaría atrás en un instante, pero que no sería complicado que asociaran con algún crimen anterior.

Nunca daba charlas. Decía que era celo profesional. Llegado el caso, debía tener un respaldo amplio para salir del atolladero. Nada parecido a una serie de preguntas sensibles. Cómo llenarme de nostalgia por una noticia que había sacado de un sombrero de mago para que el mundo entero se conmocionara.

Jamás busqué el sensacionalismo. No porque no existiera una historia exactamente a como la contara, no significaba que alguien no debería denunciar su posibilidad. Tomaba situaciones reales y las maquillaba. Poco a poco me percaté que lo que sucedía en la calle no tenía relación con lo que buscaba describir. Que debajo de todas las balas, derrumbes y robos había una situación que tenía que contarse. Una denuncia que debía ser expuesta. La inocencia fracturada conmueve más pronto. No todo eran mentiras, cada nombre, lugar o situación representa algo o a alguien allá afuera.

La preocupación de los dueños de *El Central* llegó junto con el primer citatorio. Insistían en que me presentara a las oficinas del diario para defenderme. El director renunció a seguir cubriéndome. No comprendieron el efecto. Dejé de contestar el teléfono. El asunto se convirtió para mí en desaparecer. De nada serviría si se comprobaba la falsedad de las historias, no deberían ser derribadas ahora que alcanzaron su propio muro de moral; aunque yo no debía quedar sepultado entre los ladrillos.

En los meses siguientes, en *El Tiempo*, periódico chileno, apareció una columna firmada por Omar Fábregas, quien desde una habitación llena de notas, fotografías y recortes de revistas escribía con fecha del 26 de julio: «Esta semana, Joaquim Mireilla ha muerto».

@MANRIQUEZ

Dice Manríquez que ganó la estancia en el hotel por treinta días. Uno de sus reportajes ayudó a aumentar las reservaciones. Dice Manríquez que lo llamaron y le dijeron que gracias al «servicio prestado», el Hotel Magdalena le ofrecía una estancia con todo pagado durante un mes.

Dice Manríquez que todo comenzó con un artículo que escribió para el periódico y que ayudó a levantar cargos contra Felipe Olvera. Dice Manríquez que ayudó a la policía en el caso y, aunque el escrito le costó su trabajo y algunas llamadas incómodas, el proceso lo convirtió en una celebridad local. Incluso comparte una fotografía con la edición impresa del periódico.

Dice Manríquez que, pese a las amenazas, no dejó de escribir sobre temas que resultaban sensibles; aunque tenía que alternarlo con la redacción de notas de color para conseguir un ingreso extra.

Dice Manríquez que, a partir del aumento de visitas a sus redes sociales, el Hotel Magdalena se puso en contacto con él para que creara un texto publicitario. Le ofrecieron pasar dos noches en el hotel para escribir de primera mano. Dice Manríquez que un mes gratis de hospedaje le pareció que le había pegado al premio gordo. Comparte la liga donde se puede leer la nota sobre el Hotel Magdalena. Turismo sin salir de la habitación.

Dice Manríquez que se encontró en el vestíbulo con la mujer de pecas en el rostro a quien ya había visto en su primera visita. En aquella ocasión no intentó aproximarse porque su estadía contemplaba intereses de trabajo. Pero bajo las nuevas condiciones, dice Manríquez que la historia puede tener una segunda dirección.

Dice Manríquez que le ofreció a la mujer de pecas en el rostro tomar un trago en el bar del hotel. No pasó mucho tiempo antes de invitarla a conocer su cuarto, que por otro lado debería ser idéntico al que tendría ella. Dice Manríquez que estuvieron encerrados en la alcoba durante varias horas y ni siquiera había oscurecido completamente.

Dice Manríquez que no debió escribir lo anterior, pese a su inmediata aclaración de sentirse satisfecho respecto a la chica de pecas en el rostro. Hay una foto de él frente al espejo del baño del hotel posiblemente luego de orinar post coito.

Dice Manríquez que comenzó a sospechar cuando la mujer de pecas en el rostro recibió una llamada y salió de la habitación de inmediato, a medio vestir y sin dar una explicación. Dice Manríquez que fue tras ella, bajó al vestíbulo, pero no encontró ningún indicio suyo.

Dice Manríquez que regresó a la habitación resignado, pero que en su trayecto sorprendió a dos hombres misteriosos en el pasillo. Dice Manríquez que llamó a la seguridad del hotel esperando que alguien tomara cartas en el asunto.

Dice Manríquez que escuchó disparos afuera del cuarto, que se arrojó al suelo y vio a través del umbral de la puerta un grupo de casquillos vacíos. Dice Manríquez que una vez que terminó el intercambio de balas comenzaron a forcejear con el picaporte, por lo que tuvo que esconderse bajo el escritorio.

Dice Manríquez que escuchó voces ingresar al interior del cuarto seguidas de algunos pasos. Dice Manríquez que intentó llamar a la policía sin éxito, pero tuvo que desistir para no revelar la posición de su escondite.

Dice Manríquez que la chica de pecas en el rostro está coludida. Como seña particular, dice Manríquez, tiene un lunar en forma de galleta en el muslo, a quince centímetros de la corva de la pierna izquierda. De las características físicas de los sujetos que ingresaron a la habitación, dice Manríquez que no tiene nada. Hay tres fotos desenfocadas apuntando al suelo y lo que parece un par de botines de hombre.

Dice Manríquez que alguien debería prestar ayuda en estos casos. Armar un grupo de defensa que reaccionara al oprimir el botón de emergencia. Comparte una imagen del hotel con la ubicación. Cuatro estrellas en la guía prémium de hoteles de México.

Dice Manríquez que se desconectó a las 21:20 hrs. Quince minutos más tarde, el aviso de que había cerrado la cuenta les llegó a todos sus contactos.

CEGUERA

El humo subía azul. El brazo de Pablo Amador reposaba sobre la cama mientras su cuerpo se repartía entre un sillón redondo y la oportunidad de marcharse esa misma noche. Clavaba el cigarro en su boca con un movimiento frío. Los dedos de la otra mano jugaban a deslizarse sobre la superficie fracturada de las páginas intentando descifrar las líneas pardas de imprenta.

Agotado, arrojó el sobre con la mitad del libro aún por corregir. El motor del frigorífico lo tenía relajado y las aspas del ventilador le susurraban el calor de esa primavera. Se había acostumbrado a la mala iluminación del cuarto. La nube que salió de su garganta se posó sobre su rostro. Intentó manipular el aire espeso con las manos, pero no logró dispersar la neblina. Estaba ciego. Sin saber cómo actuar, Pablo Amador se quedó suspendido. Arrastró su cuerpo fuera del sillón. Avanzó a gatas en busca de la cama. Se recostó, repitió para sí que era el cansancio y nada más hasta quedarse dormido.

Pablo Amador despertó con el sudor sobre sus miembros. Vio la luz de la luna reflejada en su antebrazo. Su vista se había interrumpido brevemente. En su lugar, una madrugada discorde arrojaba el aire fresco. La duermevela lo hacía pensar con desconfianza lo que acaba de ocurrirle; además, notaba un marcado acento en la forma de pestañar. Seguía mirando a tientas con el párpado cayendo pesado sobre sus ojos.

No necesitaba la vista para saber qué había algo de verdad en los sonidos de la noche. Sondeó con la nariz intentando respirar con certeza, pero la cortina oscura nuevamente le arropó la mirada. Esta

vez, menos seguro de su estado, el corazón de Pablo Amador se aceleró. Su respiración se estremeció y su pecho palpitó dejando que un trémulo jadeo descendiera sobre sus labios. Se levantó asustado, un grito sordo se quedó atrapado en la garganta. El suspiro agitado lo hizo mirar hacia el cristal de la ventana donde descubrió su figura, tan azul como el humo que se seguía colando desde la cama en donde un cigarro quemaba la sábana. Recorrió con pasos cortos la habitación. Con cada uno la vista volvía a perderse. Dio perfectamente con la puerta desde donde entraban sonidos vagos. Temió no poder explicar a los ojos vivos su reciente incapacidad. Giró el cuerpo, puso la espalda contra la pared y descendió lacónico hasta quedar en posición horizontal.

La oscuridad debajo de la cama se disipó. Pablo Amador reconoció objetos irreconocibles sobre la alfombra. La lámpara estaba encendida. Se puso de pie recogiendo a su paso el sillón que se había volteado sin darse él cuenta. Miró con indiferencia las páginas que saltaron fuera del paquete. Regresó la mirada al suelo, observó su sombra apesadumbrada en una esquina. Entró al baño. Miró hipnotizado al espejo mientras las gotas de agua recorrían la piel accidentada que había envejecido en una noche.

De vuelta en el cuarto, Pablo Amador fue víctima del remordimiento por asustarse. Remontó una vaga sensación de inseguridad, en su cabeza entró la duda acerca de lo que estaba sucediendo. No necesitó ver el reloj, la luz en las aceras seguían encendidas y el silencio de la calle le dio cuenta que la noche aún dominaba sobre el día. Se excusó en la fatiga y pensó con ironía cómo las luces propias también se iban apagando. Estiró la mano y tomó un grupo de hojas del paquete. Buscó los cigarros y se puso uno entre los labios de forma mecánica. Comenzó a leer las primeras líneas. El dolor del hombro le advirtió que había dejado su mano suspendida en el aire demasiado tiempo en busca del encendedor. Inquisitivo miraba de cuando en cuando al muro para contrastar su vista con las letras que lo asaltaban desde los párrafos que intentaba corregir.

Ráfagas de oscuridad saltaron del foco. Pablo Amador alargó sus dedos frente a él dejando que las sombras jugaran con estos. Esta vez no saltó de su asiento. Se concentró en mantener la calma. En pocos minutos fueron mostrándose otra vez las figuras de la habitación. Pudo adivinar la forma del perchero a escasos metros de distancia. Todo había sido recubierto por un extraño velo. La falsa neblina se iba apoderando del interior del cuarto. Pablo Amador imaginó un camino luminoso a través del cual podría cruzar y salir. Sabía que adelante había dos bombillas encendidas, la de la lámpara y otra que se asomaba afuera del baño. Una vez orientado, solo tendría que encontrar la puerta y pedir ayuda. Apretó los párpados, los destellos se esfumaron dejando nuevamente una oscuridad opaca. Se llevó los dedos índices debajo de las cejas y comenzó a tallar con fuerza. Lastimados por las falanges, los ojos de Pablo Amador reconocieron los objetos que se encontraban enfrente. No tenía argumentos que lo convencieran de llamar al hospital. Cómo aceptar su ceguera cuando era posible ver a su interlocutor.

Buscó su teléfono para saber la hora. Lo tranquilizó saber que faltaba poco para que amanecería. Se sentó en el suelo. Tenía miedo de ir a la cama y despertar en la ausencia de colores. Prefería estar despierto, mantener un registro mental de lo que estaba sucediendo. Encendió otro cigarrillo. El humo ya no subió azul, en su lugar un fantasma gris se coló desde una bocanada profunda. En el piso de abajo se escucharon platos y vasos que eran acomodados en el comedor. Pablo Amador sonrió ligeramente cuando vio los papeles aún por corregir sobre la cama. Metió las hojas al paquete sin detenerse en el orden. Al entrar los primeros rayos de sol, se levantó, abrió la puerta y avanzó hacia la salida a través del pasillo. Las luces tintineaban. La iluminación de los focos se mostraba tenue. Las escaleras estaban aún ocultas. Pablo Amador descendió siguiendo las voces que aparecían en la oscuridad. Temeroso, caminó más rápido; los sonidos le devolvían la fuerza a los sentidos. En los últimos escalones no hubo ninguna seguridad para sus pasos. La luz no caía perpendicular, apareció un

punto claro perdido en la distancia que se acercaba vertiginosamente. Cuando cayó Pablo Amador en la planta baja, ya no hubo oscuridad solo un blanco permanente.

ESTACIONES

El polvo, depositado en el libro, me ha causado una erupción en la piel. Viejo y cansado, ha quedado en el estante mientras desde aquí lo miro. ¡Gocé de una carencia por volver a tocarlos! Escasamente me muevo ahora. Los miro. Siento que sus rostros llegan a mí, indispuestos hoy que ven que no me acerco a ninguno. ¿Qué se podría esperar de un lisiado? Ya no puedo moverme y en la sonrisa de las personas se mira esa agresión hacia mi aspecto.

Tiro de mis piernas, me arrastro al mueble. Después trato de alzarme, pero es imposible y sonrío y me llamo estúpido que tratas de hacer lo imposible pues más de algún hueso está desenganchado. Tiro del mantel que cubre el escritorio y cae la jarra de agua que me baña, que sofoca esa sed que no se apaga nunca, un deseo de beber que no he podido saciar desde que fue imposible volver a caminar.

Los libros siguen ahí, viejos, ahorrando polvo en las esquinas, como este que he tomado y que me ha cubierto con las cenizas de los días que no han de regresar por la puerta, pero que claramente se ven marcharse por la ventana. Los toco, después chilló desesperado por la sensibilidad de mi piel que no soporta la suciedad del cuarto. Comienzo a rascarme con desesperación. Abro mi piel. Exhalo alivio cada vez que veo correr el hilo de sangre que se lleva el ardor.

Por falta de aseo tengo algunas llagas en las piernas. Siempre que viene mi hermana a limpiarme me descubro hasta el estómago. «De lo demás yo me encargo», le digo y ella supone que es cierto.

La verdad es que no quiero que me toque las piernas. Me molesta no saber si eso que talla es una rodilla o uno de mis dedos.

Sacude un poco antes de irse. Lo hace con pereza. Me mira enojada. Volteo hacia el marco despintado de la ventana hasta que ella se va. Me queda muy claro que el polvo sigue ahí. La confrontaría por eso, pero no quiero que se moleste y no regrese. Así ha pasado otras veces, me enfurezco tanto que nadie se atreve a venir. Pero mi hermana es mi hermana, por eso viene. La obliga el estar emparentados, de no ser así ya hace mucho que se habría olvidado de mí y yo habría alimentado a las arañas que habitan entre las sombras.

En la escuela jugaban a imitarme. No entendía por qué alguien querría dejar de mover las piernas con libertad. Le platiqué a mi hermana y pensó que sería mejor sacarme de la escuela y que estudiara en casa. No me importa que lo único que sé de la vida se esté llenando de polvo con los libros.

La historia de mis progenitores no es fabulosa. Mi padre murió en un accidente vial, recuerdo cómo me impresionó ver mi nombre en el periódico. Mi madre vivió en este departamento hasta su último aliento y sin saber cómo llamarnos.

Anhelo los días por venir. Cuando el frío cubra estas piernas que ya no sienten. En que la piel blanca de los dedos se muestre soberana y azul. Cuando no haga falta un ventilador que me atormente por las noches. Espero ese frío inmenso que me cubre todo el día, que me obliga a estar entre cobijas.

Miro alejarse el sol a través del cristal. Cuando el invierno llega, la luz ya no pasa por la ventana. Una cándida grieta luminiscente se asoma sin posibilidad de alumbrar adentro. Tengo una lámpara con la que puedo leer después de las cinco, cuando el poco calor de la tarde ya no logra evitar que los cristales se nublen.

La temporada de verano es una historia diferente. Mi cuerpo se tambalea de la cintura hacia arriba. Me desespero cuando me siento pegado al piso. Es sólido el calor que regresa una y otra vez. Me golpea en la nuca y el sudor corre por toda la espalda. Mi hermana

me pide que me mude con ella durante esos días. O para el resto de ellos. Me es imposible ahora que me he acostumbrado a este olor, al olor del cuarto combinado con el olor de mi orina.

Mi hermana trajo una alfombra para la habitación. Me resulta insoportable mirarla tirada en el suelo, parece la bufanda de un animal enorme cuya sombra recorre el cuarto de un lado a otro una vez al día. En las noches de invierno me recuesto encima de su pelaje. Siento la caricia de las hebras entre mis dedos. Pero al volver el calor, debo arrastrarme fuera de esa red de polvo y pelear desesperado por regresar a tierra firme mientras mis manos dejan marcado el peso de mi cuerpo.

La alfombra no ha durado mucho. La deshice franja por franja mientras tiraba de sus hilos. A veces halando desde la silla en donde me siento a mirar afuera de la ventana, aunque por lo general me abandonaba en el piso y fingía trabajar arduamente tirando de una sogas larga que me trajera de vuelta la razón y desenmarañara ese laberinto de ocio que ha cubierto las tardes de julio.

Ayer murió una mujer a dos pisos de distancia. Octubre dibuja en la banqueta la silueta de quienes escoltan el ataúd. Las hojas son barridas por los abrigos largos y los zapatos lustrosos, llenan el vacío de quienes ante ese espectáculo no pueden contemplar el cajón sin sonreír pensativos.

En el invierno los funerales son muy íntimos, la gente se reúne en las salas de velación y se reconfortan entre ellos. Pero en verano el calor destruye el núcleo familiar, una prima se desmaya pronto. Nadie espera que el cuerpo se conserve dos días. Mejor un entierro rápido y con el mínimo de dolor.

Los veo irse en grupo. Si alguno notara mi presencia, me verían como un espíritu asomado a la ventana. Mentiría si no digo que ahora mismo me siento como un fantasma paralítico. Aunque no podría arrastrar las cadenas, mucho hago con cargar mi cuerpo. Le digo a mi hermana que no se preocupe cuando los dos vemos cómo es retirado un hombre de su vida convencional por una ambulancia.

Le recuerdo que los dos somos jóvenes y que no hay que preocuparnos por la muerte aún. Son ciclos, solo ciclos.

CIRCO

Ya no voy a abrirle. No pienso hacerlo. Que se vaya. Tantas veces le pedí que tocara antes de entrar, y seguro que llegado el momento olvidará hacerlo. Una regla tan fácil. Por qué esperar que cumpliera con su parte de responsabilidad. No puede llegar y pensar que todo está listo. «Adelante, pasen y maravíllense. Nunca antes visto». Mirándome con esos ojos. No es lástima ni rencor. Reconoce su vergüenza. Mi aspecto es su condena. Soy un pecado, su maldición. Todos esperarían que tuviera rabo.

No puede abandonarme. Nunca fuimos un círculo completo. Además, se acabaría la mina; un tesoro escabroso. La próxima vez que cruce esa puerta le gritaré hasta que entienda: «Toca antes de entrar, toca antes de entrar». No importa si los asusto antes que la función comience. Es el fin el que debe disponer de los medios. Además, tengo que mantenerme en el personaje.

El público que viene se divierte. Creen que todo es parte del engaño. Demasiado espeluznante como para ser real. Como quiera, llenan la lata con monedas. Al final, nadie se queda a comprobarlo. Las personas no quieren que se les revele la fantasía, les gusta vivir engañadas. Esta puerta es la caja de Pandora hacia la cual hay que mantener los ojos cerrados antes que ver los desperfectos del mundo. Hay que dárselos a cucharadas, como si fuera un espectáculo del que no forman parte. De esa manera creen que son mejores y, entre menos cierto, mayor el pago para convencerse de lo contrario. Cualquier cosa que los haga sentir bien mientras sigan comprando boletos.

Espero a que mi padre abra la puerta con ellos y diga: «Entren, pueden pasar. Es inofensivo». Como si existiera el asombro puro. Pero tiene razón, soy inofensivo. Si tuviera voluntad me comería a mi padre. Júpiter devorando al tiempo. Es la hora de ser admirado. Esperaría que un día me llevara con él. Deshacerme de la cadena, pero no hay vacaciones de la vida.

Ellos se asoman. Se preguntan si seré de verdad. Se empujan unos a otros. Todos quieren estar en la primera fila de lo increíble. Mi padre se queda afuera. Aquí adentro se refuerza lo que ha perdido. No soporta que lo vea fijamente. Allá lo tiene todo. Mi nacimiento no es excusa suficiente para este encierro, para la falta de interés.

Tiene que exagerarlo todo o nadie lo creerá. La farsa se caería. Le gusta chupar los dientes mientras cuenta el dinero. Hasta acá escucho su lengua debatir con los dientes mientras absorbe la saliva antes de que se escurra por los labios. Es como si tuviera ratas dando vueltas en su cuarto. Es un hábito molesto. Bendice su riqueza, desea que alguna divinidad lo multiplique. Gloria al Padre y al Espíritu Santo. Yo vivo de sobras.

El público viene con menos frecuencia. Los pocos que aparecen en la puerta con mi padre no tratan de fingir sorpresa, puedo oler sus bostezos. Mi padre dice que debemos reinventarnos o nadie vendrá. No sé cómo podría. Lo único que he hecho toda mi vida es permanecer encadenado fingiendo muecas de dolor. Algunas son ciertas. Quizás si silbara o moviera las patas.

Pasan las semanas y veo a mi padre con menos frecuencia, está desaliñado y ya no se baña. Ni siquiera intenta usar su traje de maestro de ceremonias, de *maître*, como se hacía llamar. Me ha contagiado su desencanto, ni siquiera finjo tratar de escapar para hacerlo más atractivo. Me toman por un muñeco, deben picarme con un palo para obligarme a hacer cualquier cosa; me lastiman, incluso me han provocado unas cuantas laceraciones. Utilizan el palo con demasiada fuerza, es la venganza contra lo distinto.

El cuarto huele a carne muerta. Mi padre viene, me dice que ya no podrá alimentarme todos los días. «Ya no alcanza para nada más. Si supieras hacer otra cosa». Lo dice como si fuera un animal al que se ha cansado de adiestrar.

Mi padre desaparece por días. He aprendido a alimentarme de escarabajos y cucarachas atraídas por el olor fétido. La trampa perfecta. Sé que él sigue aquí. Por mucho que le cueste, no tiene a dónde ir. Escucho cómo se chupa los dientes. No es la misma excitación. Me arroja la comida como si fuera un perro. Solo se cerciora de que sigo vivo. Esa es su cadena. Todo se pierde algún día.

Escucho golpes de martillo afuera del cuarto, los clavos atraviesan la madera vieja. Ha decidido enterrarnos vivos. No más *show*. Ni siquiera una palabra. Se escucha un cañón y adiós al chistar de dientes. Al menos los escarabajos siguen llegando, a ellos no tengo que asustarlos. El golpe los aplasta sin que se den cuenta.

CONTINUOS

En el piso de arriba se escuchan pasos graves e incesantes. Personas que van de un lado a otro recorriendo el perímetro. Un vaivén infinito, una explotación de movimientos sin ningún fin. No hay signos de agotamiento, muy al contrario, las energías parecen renovarse y dan entrada a un robustecimiento de los pasos. Desde el piso de abajo, veo cómo el techo pierde forma y se ondula hacia mí. Temo que en algún momento mi sala se pierda debajo del concreto.

Ayer escuché a tres personas recorrer el suelo, danzaban de forma pausada, se entretenían en fijar bien sus pies al piso. Esta tarde, sin embargo, únicamente he escuchado a uno de ellos. Su andar es rápido, casi provocativo; intenta recrear el sonido que harían cinco pares de zapatos. Al ser el único, por momentos escucho silencios breves, debe estar cansado. Al poco tiempo comienza de nuevo y marca los pasos con pesadumbre, como si pusiera toda su fuerza vital en ello; continúa con la repetición hasta que nuevamente lo azota el agotamiento y debe detenerse antes de proseguir. Parece una tortura. Una pena capital que lo obliga a rondar dentro de aquellas cuatro paredes. Más tarde, mientras lo sigo con los ojos soldados al techo, parece haber cambiado su estrategia, escucho como si se arrastrara, como si llevara sus carnes al suelo y recorriera con ellas cada centímetro antes de que aparezca alguien más, tirando de cada uno de sus miembros pecho a tierra. Lo importante es no detener el tránsito.

La puerta se abre en el piso de arriba. Apago el foco del escritorio, tengo miedo de que puedan verme, de que sepan que los

espío todas las noches, que estoy al pendiente de sus andanzas, de sus reuniones nocturnas que me parecen fantasmales. Escucho cómo se ponen en marcha tres pies y un bastón. Retengo el aire en el pecho, no quiero que me sorprendan mientras los acoso con el oído. El silencio en mi cuarto se vuelve absoluto, eso aumenta el sonido de las vibraciones que provienen del piso de arriba. La puerta vuelve a cerrarse. Detrás de una pareja que ya debe estar en movimiento se clavan las puntas de dos tacones que los persiguen por la periferia del cuarto con una suave cadencia, dramática, casi se podría decir que ensayada.

Los he llamado «ambulantes», y no por su constante ir y venir, sino por su habilidad para desaparecer siempre antes de que pueda alcanzarlos en el pasillo. Esa manera que tienen de extinguirse antes que pueda reconocerlos. En más de una ocasión he intentado sorprenderlos sin ningún éxito. Si no es porque es imposible ignorar su presencia tres metros por encima de mí, diría que no existen. Que las huellas de su existencia se resumen en el desconocimiento de su aspecto físico. Comúnmente utilizan el elevador, esto lo sé por el ruido de las puertas al abrirse y cerrarse de nuevo. He descubierto que también les gusta divertirse, no quieren arriesgarse a que se les sorprenda y evaden toda posibilidad de ser atrapados. Cuando todos los residentes probablemente se encuentran confinados en sus departamentos, los ambulantes festejan su jornada acompañada y reiterada por las escaleras hasta que llegan a la planta baja. Solo alcanzan a subir los ecos que se pierden entre el laberinto de pasillos.

Ayer fueron tres, mañana podrían ser seis y luego quince; después caerán todos sobre los que vivimos en los pisos inferiores. Es un miedo infundado, lo sé, pero no puedo esperar a que todo el techo se desmorone. Vivir debajo de escombros. Pienso hablar con el dirigente, estoy seguro de que es quien utiliza suelas militares. A diferencia de los demás, su andar es marcial y casi pletórico; solo se dedica a caminar en vertical, lo he escuchado con el paso más firme. Es él quien suelta polvillo sobre los papeles del escritorio.

Toda la semana he tratado de toparme con alguno de ellos, pero únicamente he escuchado al elevador abrirse y cómo las personas se apresuran a la salida. Otras veces los escucho descender por las escaleras, cuando al fin logro asomarme fuera del edificio, los descubro perdiéndose en los callejones. Hay días que regreso pronto de la oficina con el deseo de dedicarme a cazarlos. Creo que tratan de esconderse. Los he esperado en la entrada del edificio, pero ellos no bajan hasta que ya no puedo esperar más y tengo que marcharme sin confrontarlos porque hay que despertar temprano al día siguiente. Más tarde, escucho las risas perderse alegres en la noche. Carcajadas sobrias que arruinan mi falta de perseverancia.

Hace unos días logré ver a un anciano cojo. Lo miré descender por las escaleras e intenté ganarle tomando el elevador hasta la planta baja. Mientras esperaba por él pisos abajo, escuchaba cómo se acercaba un paso firme y otro seco, astillado, que se clavaba en los escalones. De repente se detuvo. El viejo no continuó más allá del segundo piso. Subí rápido para seguirlo, pero se perdió saltando sobre su única pierna, abandonando lo único que le servía para impedir una caída segura. Ni siquiera intenté tomar el bastón, lo dejé ahí para él. Mi intención no era agredirlo, solo llegar a un acuerdo para que el edificio no colapse.

Los pasos nunca se habían sentido tan fuerte. Imagino que terminaré desapareciendo debajo de sus enormes plataformas y charol. Las lámparas cimbran y amenazan con apagarse. He tomado una resolución, más tarde les haré una visita para dialogar con todos ellos al unísono.

Trato de convencerme de tocar, solo puedo percibir a un ejército que cambia de dirección a la orden de un traspíe. Me he tirado al suelo para observarlos por el resquicio de la puerta, identifico zapatos y algunos dedos gordos. El sonido me recuerda el porqué estoy aquí. Toco, pero mis golpes son sofocados por suelas de vaqueta. Giro la perilla con cuidado y entro. Me sorprende ver a esa cantidad de gente reunida en una sala tan diminuta. No hay un solo mueble, las mujeres platican entre ellas al igual que los hombres.

Todos se muestran afables y alegres. Me adelanto hacia la entrada, la gente me pasa por un lado; salen unas y llegan otras. Todas dispuestas a seguir el tránsito. Veo al anciano, ha recuperado su bastón de nuevo, camina hacia mí y me da las buenas noches. Sale. Hay tríos, cuartetos, grupos de personas que sonrían juntas.

En medio de la sala hay un hombre desesperado que camina con premura. Trata de incorporarse al flujo de personas sin conseguirlo y marcha en dirección opuesta, va de lado a lado sonrojándose del coraje y tirándose del cabello. Busco con la mirada a quién dirigirme, pero todos están abstraídos en su monotonía espacial. Voy detrás de una mujer grande, le llamo por debajo de la nuca. Me ignora mientras sigue moliendo a carcajadas a su compañera. Miro hacia un lado, hay otro hombre pequeño y delgado que se escabulle entre las dos damas de adelante. Trato de sostenerlo por el hombro. Se escapa.

He estado caminando durante horas, tal vez días. Nadie se detiene a responderme, todos a lo sumo ofrecen una sonrisa y luego desaparecen en un remolino. Comienzo a serenarme. Es casi liberador. No sé cuántas vueltas he dado a la sala. No siento cansancio. Ahora entiendo. Aquello es agradable, caminar a la nada esperando devolver una cortesía. Algunos de los ambulantes se tiran al suelo y se ponen sobre sus cuatro extremidades. Una zoología humana. Manos y rodillas participan en la ronda. Otros simplemente se detienen y dejan que los demás sean los que prosigan, pero yo no; yo quiero continuar, seguir y no detenerme.

METAFÍSICA

Me dicen que deje de pensar que todo se mueve. Pronto me doy cuenta de que no es verdad. Yo no me muevo. Aunque siento que el mundo entero se mece. Busco el signo en la lámpara que cuelga del techo y que es al único lugar donde puedo dirigir la mirada sin sentir que caeré al instante. No hay movimiento ni ceremonia en el cuarto. La luz no tiembla, no hay señal de oscilación, ni siquiera el vaso de agua que han dejado al lado de la cama como gesto de tentación. Quieren comprobar que sigo entre los vivos. Aun así, todo se mueve.

Hay un gato en la ventana. Me espía. Reconoce los movimientos circulares. Sabe que no hace falta mecerse para sentir que toda la Tierra da vuelta mientras nos lleva de paseo, haciéndonos compartir el mismo destino.

Aprietan mis manos. He logrado que me amarren a la camilla para no caer. Me siento más seguro ahora. Aunque quisiera que no hubieran ajustado demasiado las correas. Estoy vulnerable ante el gato. Si él quisiera, podría comerme la cara y jugar con las cuencas de mis ojos. Me observa, lo veo, espera el momento preciso. Más no es posible. Estoy atrapado en la camilla sin un lugar a donde moverme. El gato no se atreve a entrar al cuarto aunque le han dejado la ventana abierta. Soy presa fácil, ni siquiera puedo rascar mi propia nariz. El gato bosteza, no soy un reto a final de cuentas. Las aves y los ratones al menos lloran por sus vidas.

No sé cómo salvarme de la ebullición del mundo. El sonido de una armónica llega desde la calle. Notas monótonas de un niño entusiasta cuya madre cree que hay futuro en errar sin que alguien

te detenga. Quiero pedirle a la enfermera que acabe con el ruido o que termine con mi vida de una buena vez. No hay más tortura que estar de frente a la falsa esperanza.

Sentencias como la anterior son las que me han traído hasta aquí. Eso y el movimiento allá afuera que las propicia. No se detiene. No nos da oportunidad. Es la traslación y rotación de un astro. Le pido a la enfermera, con acciones desesperadas, que siga ajustándome las correas. Así está mejor. El gato nos observa, a ratos curioso, a ratos aburrido. Somos una especie inferior, lo he dicho antes. Haría falta vernos, necesitamos de un hospital para cortar los impulsos. En los gatos el instinto lo es todo. De ahí sus nueve vidas.

El gato se ha quedado dormido. Quizá debería imitarlo. Les imploro a la enfermera y al doctor para que me inyecten algo más fuerte y pueda soñar en paz. Poco a poco espero ver cómo la realidad se compone. Hay quien dice que yo la veo del otro lado del espejo, sin saber lo que eso significa.

Hay un segundo paciente compartiendo la habitación conmigo. No se lo digo, pero envidio cómo logra descansar cuando el mundo está por caer. La gravedad no nos puede más. Somos demasiados. Y él duerme, sueña como si flotara. Tal vez lo hace. Por eso su indisposición al fin del mundo. El planeta caerá lejos del sistema conocido. Adiós órbita, adiós a Venus y a la Luna. Júpiter es mi planeta favorito, aunque solo de nombre.

He bautizado al gato Júpiter. Júpiter está hipnotizado por las gotas que resbalan a través del tubo del catéter. Debe entregarse a las ondas trepidatorias. La enfermera me ha dado algo para los espasmos. No son voluntarios, se lo digo, mi cuerpo se resiste a caer, se prepara para ser llevado a un agujero negro. Ayer un doctor me enseñó la fotografía de un agujero negro, dijo que era la primera imagen en la historia. No sabe lo que ha hecho. Solo ha logrado convencerme de que el descenso es inminente.

Intento convencer a Júpiter de venir y aflojar las correas con sus dientes afilados. Lo menos que podría hacer es intentar salvarse a sí mismo en lugar de quedarse todo el día observando desde la

ventana. Temo no poder escapar o sostenerme con ambas manos durante la caída. La camilla no está fija a nada. Podría salir volando por la ventana y no se darían cuenta hasta que sea demasiado tarde y no puedan traerme de vuelta. No lo pensé antes de hacer que me ataran. Ahora debo convencerlos de que me suelten. Júpiter no tiene ese problema, él tiene sus garras; yo tengo las pastillas que me hacen tomar y que me tiran hacia el suelo. Las leyes de la física con las leyes de la química.

Conseguí dormir después de varios días de insomnio. Despierto y veo que Júpiter se encuentra al pie del colchón. Ha pasado la noche conmigo, y el planeta sigue en su lugar. Ni Júpiter o la enfermera han salido expelidos de la atmósfera. A quien no encuentro con la vista es a mi vecino.

La camilla de enfrente está vacía. La enfermera me dice que el paciente murió mientras dormía. Nota que Júpiter sigue junto a mí y no logra ocultar un gesto de preocupación. Me doy cuenta por su plática con otra enfermera que Júpiter también durmió con el difunto días antes de su deceso. El doctor también se ha sumado a la conversación. Aunque trata de ocultarlo, su rostro se transforma. Intenta darme de alta. Dice que no hay motivos para los mareos. Me da seis pastillas envueltas en un cono de papel. Dice que todo lo que necesitaba era una noche tranquila de sueño. Lleva a Júpiter a la ventana para darme oportunidad de vestirme, pero el gato se resiste. Salta de la camilla y no deja de acompañarme hasta que llegamos a la salida del hospital. Todos han bajado, quieren estar seguros de que el mundo no se irá a ningún lado, ni que Júpiter ha venido a despedirse de cada uno de nosotros.

PENTHOUSE

Esa mañana, Manuel Tedesco sufrió un accidente terrible. «Un milagro», dijo. Horas más tarde se sintió extraviado e incapaz de explicar cómo había regresado a casa, solo recordaba que alguien o algo lo había sacado del automóvil. Por la noche, Manuel Tedesco, acosado por la ansiedad de imaginar su vida concluida, se levantó sobresaltado. «Contra males de la cabeza, limpieza», decía su madre.

Reacomodó la despensa, extirpó el polvo de los sillones. Detrás del armario se encontró con una vieja afición. Le gustaba conservar periódicos. Si leía una noticia de interés, guardaba la edición completa. En el presente, con un poco más de madurez y menos espacio en el departamento, decidió deshacerse de esos kilos de papel amarillo. Antes pensó en hacer una relectura que le trajera de vuelta su juventud.

Avanzó de inicio a fin sin saltarse ninguna plana. Sección por sección. Local, deportes, espectáculos. No importaba. Al llegar a los avisos de ocasión, se detuvo drásticamente, uno de estos rompió con la serenidad que había sosegado su ánimo. Incrédulo, lo repasó varias veces.

MANUEL TEDESCO. 29 DE ABRIL DE 2017.

HOTEL SAN CRISTÓBAL. 15:00HRS.

Le sorprendió encontrar su nombre en un periódico que debería tener al menos diez años. Dubitativo, tomó el celular y comprobó la fecha. Corrió a revisar el calendario de la cocina para estar seguro.

La medianoche había dado paso para que se cumplieran día, mes, año; aunque faltaban varias horas para que dieran las tres.

Manuel Tedesco esperó los primeros rayos de sol para viajar a la central de autobuses. Investigó en internet, descubrió que existían al menos treinta y siete hoteles con ese nombre. Filtró la búsqueda, había un Hotel San Cristóbal a doscientos kilómetros. Era el más cercano y su mejor opción. No se detuvo a considerar las implicaciones de un viaje, tomó lo primero que tenía a la mano y lo vació en una maleta. Sintió que no podía continuar ignorando esa publicación.

Con el boleto en mano, Manuel Tedesco estuvo a punto de regresar. Esta circunstancia, por más extraña que le pareciera, comenzaba a sonar ridícula. Imaginar que alguien prepararía una cita con diez años de anticipación. Además de la, aunque improbable, posibilidad de estar en medio de otro accidente en tan poco tiempo. Recogió su maleta del asiento, cuando se disponía a abandonar la sala de espera, escuchó un timbre. Giró con todo el cuerpo. En una de las pantallas apareció su nombre. Era el aviso de que solo faltaba él, Manuel Tedesco, de abordar el autobús que partiría de un momento a otro. Nadie más parecía interesado en esperar su nombre. Se convenció nuevamente de la improbabilidad de sucesos y se dirigió al andén número ocho y abordó.

En la terminal de destino pagó un taxi que lo condujera al hotel. En el camino, se angustió porque en el periódico no aparecía ningún nombre o número de habitación. No sabía con quién o a dónde dirigirse. De nuevo sintió el impulso de regresar. Le pediría al taxista que se devolviera, se excusaría con una mentira fácil y estaría de vuelta en casa en un par de horas; todavía tenía que descubrir dónde había parado su coche. Manuel Tedesco estaba dispuesto a pagar el triple para que lo alejaran lo más posible y a toda velocidad. Miró por la ventana buscando una terracería que le permitiera al auto maniobrar en u. Hacia ellos se aproximaba un anuncio de publicidad, este se mantuvo diminuto durante varios segundos hasta estar frente a frente. Claramente pudo leer:

MANUEL TEDESCO, TE ESPERAMOS.
HOTEL SAN CRISTÓBAL, DESCANSA CON NOSOTROS.

La publicidad reavivó su conflicto interno. Necesitaba respuestas. Ya no era posible pedirle al chófer que retornara. Por el contrario, deseó que la carretera se esfumara y aparecería en su lugar el hotel. El camino se extendió varios kilómetros más. Al llegar, Manuel Tedesco descendió rápido del taxi. Se congeló ante las puertas giratorias. Seguía sin saber qué esperar. Se atrevió a dar un paso al interior. Intentó consultar la página del periódico, pero se percató que no la llevaba con él. Lo lamentó pues le habría ayudado a comprobar si todo había sido una complicada maquinación para promocionar el hotel o, en todo caso, una broma de mal gusto.

En la recepción, vio a un hombre con el rostro endurecido por una sonrisa sosteniendo un cartel con el nombre de Manuel Tedesco y un mensaje de bienvenida. En el momento en que Manuel Tedesco cruzó la entrada, fue reconocido por el extraño sujeto. El cartel estaba hecho para que Manuel Tedesco supiera que alguien aguardaba por él. Sin abandonar la mueca, el hombre le pidió con un gesto de cabeza que lo siguiera, lo atrajo hasta el elevador y Manuel Tedesco no tuvo reparos en ir tras él. Desde que cruzó la entrada toda huella de ansiedad se había convertido en curiosidad.

Con cada segundo transcurrido mientras ascendían, a Manuel Tedesco se le llenaba de armonía el espíritu. Por fin pudo recordar el accidente de la mañana. Ni siquiera prestó atención al recuerdo de su coche en el fondo de un despeñadero. La promesa de reposo se cumplía. El elevador se detuvo cuarenta y cinco minutos más tarde. Cerca de novecientos pisos separaban ahora a la Tierra de un *penthouse firmado* a su nombre.

SÍSIFO MODERNO

Llegarás a una habitación. No sabrás por qué estás en ese lugar, pero no querrás permanecer dentro. Desearás rascar en su interior, rasgarás el tapiz, desmontarás los muros; todo para encontrarte frente a otra puerta. La abrirás también y te encontrarás en un cuarto idéntico al anterior. Desafiarás toda lógica y volverás a roer la pared, donde, para tu sorpresa, aparecerá un cuarto más. Creerás que puedes seguir infinitamente.

Dentro del clóset, sacudirás un enjambre de abejas que se encuentra escondido tras la ropa. Tampoco sabes cómo ha llegado hasta ahí, pero sabrás que es la vida que siempre soñaste. La constante ocupación en cosas intrascendentes, entreverado con palabras sin sentido, como tampoco lo tiene la aparición incesante de puertas encubiertas y a las que insistes en seguir avanzando como si detrás de la próxima te esperara una recompensa.

Una sucesión de ti mismo se manifestará frente a tus ojos. Los habrá niños, adolescentes, con el cabello rubio. Es toda tu vida condensada en una serie de representaciones, tal vez no las más importantes, sino las que puedes recordar o quizá como alguien te contó que fuiste. Saltarás de una decisión a otra, creyendo que cada una es la correcta. Comprenderás que tu vida es una suma de desatinos que hoy te tienen aquí.

Te detendrás a observar por la ventana, mirarás diferentes paisajes dibujados en el cristal. Serán imprecisos, híbridos, mezcla

entre la verdad y el recuerdo. Dos y dos son igual a una memoria poco clara. Sin embargo, desearás salir a recorrer nuevos horizontes, a conocer el mundo. Pronto entenderás que tu condena es atravesar estos cuartos uno por uno, convencido de que debes concluir tus obligaciones antes de salir a jugar.

Perderás las ganas de continuar. Te sentirás jadeante, con ganas de vomitar; la bilis a punto de reventar dentro de tu garganta. Las náuseas se apoderarán de ti y de esa tarea absurda. Encontrarás más sencillo ir a la cama y renunciar. Sofocarte con el rostro debajo de la almohada hasta que deje de sentirse el aire exterior. Querrás dormir profundamente por semanas. Notarás lo fatigados que se encuentran tus brazos. Hace horas que no haces otra cosa que destruir las barreras entre cada habitación, ¿y todo para qué?, para volver a este sitio, para despertar en el mismo piso, con los decorados que has visto una y otra vez sobre las repisas. Una copia idéntica dentro de una más que te hará olvidar el banquillo acusatorio.

Discutirás frente al librero. Encontrarás cuadernos pertenecientes a la época escolar, y los juguetes de la infancia. Pensarás que todo se ha inundado de nostalgia. Rendida la valoración presente, obtendrás un certificado de viaje al pasado. Descubrirás viejos hábitos, antiguos gustos donde apenas si es posible reconocerte. No hay olvido de sí mismo cuando se tienen evidencias tangibles.

Palparás una caja de chocolates. Aparecerán mujeres desnudas en tu cama, cambiarán de nombre y el color de las sábanas. Las verás desfilando de espaldas mientras se alejan llevándose con ellas todo gusto de su compañía. Te sentirás embebido, alcoholizado por un deseo que te abraza por dentro, que te hace salivar como un mono incivilizado. La libido animal a final te atrapa. Tu semilla desperdigada en pernoctadas fantasmas y nombres anónimos.

Después de descansar largamente, recuperarás las energías. No es el ánimo de seguir escarbando, sino el deseo de salir de la serie de habitaciones que siguen hospedándote. Llegarás para tu poca sorpresa a otra habitación más en la que podrás verte a ti mismo, al tú de ahora, tan idéntico al que tendrías frente a un espejo. No sabrás por qué estás ahí, pero tu otro yo no deseará permanecer ahí. Aquel que también eres tú rascará y desmontará los muros. Un bucle existencial del que es necesario escapar. Querrás ayudarlo, pero notarás que no puedes acercarte. Es una vitrina en la que es necesario observar todo de nuevo antes de tener otra oportunidad. Tendrás que esperar tu turno.

Notarás que no quieres seguir hacia lo profundo, es el miedo a esperar la huida que no llega lo que te hace ir al fondo, lo que te impulsa a desbaratarte las uñas y sangrar. Utilizas cada hueso de tu mano que pueda servirte como cuña para quitar de la pared otro trozo de ladrillo, un muro convertido en barro que se desgaja esperando ser tallado hacia la nada. Un solo puño hace caer media pared. Un constante devenir de suerte insostenible.

Por fin, dentro de otra habitación, sin saber cuál número le corresponde, encontrarás una maleta lista con tus cosas. Objetos insalvables, los favoritos de varias etapas. Volverás a extraerlo todo y empacar de nuevo. La prórroga a unas vacaciones. Navegarás como un mendigo reconociendo tus propias pertenencias, buscando un espacio preciso dentro del equipaje donde desmontar la farsa para seguir avanzando.

Al final del camino reconocerás la libertad. Con cada puerta, con cada pared atravesada, habrá una cercanía a la realización. Un malestar menos del cual olvidarte, como dejarás pasar también las arrugas de tu rostro y las canas, las tuyas y las de los otros tú que irán mostrándose más viejos hasta encontrarte con un tú tan cansado, que sentirás que no puedes seguir rascando con tus manos que ahora son solo muñones en carne viva. Lamentarás no

haber visto atrás, y pensarás si hubiera sido mejor buscar otra salida. O vivir renacuajo en una fuente de agua estable.

MEMORIAL

Urdaneta se rehusó a cambiar de casa en toda su vida. Salía escasamente y estas salidas fueron disminuyendo conforme avanzaba hacia su vejez. Destinó una de las habitaciones de su casa para el resguardo de cajas repletas de documentos que reunía desde los diecisiete años. Una manera de que prevalecieran intactos los sucesos para una biografía de la que se había hecho a la idea.

Los años dieron paso a pilas de papeles desordenados y maltrechos. Urdaneta sabía que dejar todo un cuarto donde pudiera administrar esas cajas le permitía tener control en medio del caos, pese al penetrante olor a papel viejo; además, evitaría estar tropezando por toda la casa. Pasaba horas en esta habitación. La acondicionó con un escritorio y libreros llenos de divisiones. Reacomodaba constantemente. Intentaba reunir todas las notas que redactaba, incluso los pedidos a la farmacia. Con la invención del correo electrónico imprimía todo lo que llegaba a su bandeja digital. Lo distribuía en carpetas e iba avanzando caja por caja hasta saber dónde colocarlo. Urdaneta podía reorganizar su existencia entera dentro de esos escasos veinte metros cuadrados.

A Urdaneta le asustaba la idea de no recordar nada de su pasado ante la muerte. Se convenció de que si documentaba todo lo trascendente que le sucediera podría rearmar el entramado de su vida cuando así lo quisiera. Definir qué era lo trascendente, por otro lado, le causaba mayores problemas. Comenzó a redactar diarios anecdóticos, llevó cuadernos en forma de bitácoras en donde anotaba día y hora de todo lo que le acontecía. Este experimento

solo le duró cinco meses; sin embargo, motivó su interés por conservar todos los papeles que llegaran a sus manos. Poco a poco fue sumando escritos, pagares y cédulas familiares, creando un detallado sistema de clasificación.

Urdaneta prolongaba su estadía en ese cuarto más que en otras áreas de la casa. Si el olor a humedad no fuera tan profundo se habría hecho colocar una cama entre aquellas cajas. Hacía ejercicios de relectura. Recordaba que recordaba a la perfección cartas, correspondencia de sus padres entre la Ciudad de México y Tamaulipas. Suponía que su mente seguía tan destacable como lo fue en su juventud, aunque rara vez la ponía a prueba.

Por meses contempló la idea de contratar a un asistente que escribiera con precisión lo que Urdaneta quería que se conociera sobre él. Desistió al considerar un mal presagio adelantar un libro de memorias. No pensaba morir pronto. Al contrario, a Urdaneta le interesa vivir el mayor tiempo posible. Aspiraba a la longevidad y esto lo repasaba en un rincón de la habitación. Entre más crecía su archivo, más aumentaba la satisfacción de tener un amplio catálogo de experiencias que le acortaban el sueño. Se saltaba comidas sentado enumerando sobres e identificando cajas de acuerdo a un orden preestablecido de hechos. Rescataba postales, tarjetas de obsequio y ofertas bancarias. Pronto se dio cuenta del estorbo en que se había convertido el escritorio y lo hizo remover junto con una parte de los libreros.

Urdaneta viajaba de un pensamiento a otro, pasaba de la nostalgia a la alegría. No había día en que no se dedicara a mover los documentos de lugar, ya fuera porque se le había ocurrido un nuevo nombre o porque, confundido, recordó que algo sucedió de manera distinta a como lo había considerado en un inicio. Era un trabajo incesante de edición de sus recuerdos y Urdaneta los quería conservar todos. Comenzó a estructurar su vida como si fuera una novela, pensaba cuáles papeles servirían para la trama principal y cuáles de ellos serían el relleno que le daría sustento a la historia. Creó capítulos simbólicos entre los que veía pasar a las personas

importantes que lo acompañaron, viejos empleos o secretos cuyo desenlace ya no lograba anticipar.

Las horas se convirtieron en fragmentos completos del día, los días en meses y los meses en años. Urdaneta se percató que las reminiscencias se distanciaban. Se estaba incapacitando para asociar aquellos legajos como algo que le podría haber sucedido a él. La memoria tan prodigiosa que creía tener se mostraba aturdida. Les daba un matiz distinto a las evocaciones, que luego confrontaba con la lectura dentro de las cajas. Sentía la intromisión a la vida de un extraño.

Urdaneta entró en conflicto y esto solo alargó su estancia en el cuarto, intentaba grabarse datos de forma infructuosa. No lograba retener nada nuevo, las oraciones entraban para llevarse viejas imágenes y anécdotas. No era consciente del tiempo en la habitación, tenía la necesidad de recobrar los sucesos de antaño, incluso los de meses anteriores que se mostraban cada vez más sorprendidos. Era como vivirlos por primera vez. Urdaneta ya no tenía frescas las palabras contenidas en aquel mar de papeles, fue regresando a la inocencia, sus ojos se opacaron y se hicieron inexpresivos en un cuerpo que escapaba de la malicia del mundo. Al final, Urdaneta se desterró sin voluntad de ese cuarto, purificó su alma al expulsar cientos de recuerdos hasta que el descanso por fin lo alcanzó libre de todo prejuicio.

VIEJOS DOGMAS

Es bien conocido que en el hotel Majestic las habitaciones transportan literalmente a los visitantes. Una vez dentro de los cuartos, los huéspedes aparecen en los sitios más insospechados, una playa de Tailandia, en el centro de una convención de autores en Nueva York en los años cincuenta o en el interior de un satélite artificial tripulado; incluso mundos que podrían haber sido sacados de una novela.

Como es de pensarse, las reservaciones en el Majestic son en extremo solicitadas. Hay quienes deben permanecer en la lista de espera durante meses. Este era el caso de Lluís Junqueras. Una mañana recibe la llamada de la gerente del hotel para comunicarle que de forma inesperada se abrió un espacio; alguien murió sin dar oportunidad de reprogramar. No lo piensa demasiado tiempo. En menos de quince días podrá conocer el famoso hotel. Junqueras recibe un correo electrónico con los datos de la reservación, también se le explica que la única trampa es que los huéspedes no eligen la habitación, y por ende no saben el lugar de destino; es una suerte de lotería. Aun así, le aseguran que la experiencia será invaluable y que nunca nadie ha solicitado un reembolso.

Una limusina recoge a Junqueras en el aeropuerto. Lo conduce al hotel. Pasa por el registro, le dan las indicaciones generales y lo llevan a su habitación. Todo en menos de una hora ante la demanda de visitantes. Más que un lugar de reposo, a Lluís Junqueras el hotel le parece un parque de atracciones.

Junqueras entra al cuarto que le fue asignado. Las paredes, el piso, el techo, todo es como un gran lienzo en blanco. Hay luz, se

está iluminado todo el tiempo, pero no hay ninguna lámpara. La puerta es lo único que se distingue en aquel ambiente. Todo es claro y resplandece. En el suelo no hay sombra. Junqueras busca, ni sus pies, ni sus piernas, ni sus brazos y ni siquiera su cabeza, nada, no hay tampoco una silueta en el suelo.

Lluís regresa a la puerta, se acerca hasta que su mano queda flotando por encima de la perilla, intenta abrir, pero no funciona. Se da cuenta que ha quedado encerrado. Se detiene a pensar un momento al borde de la entrada. Analiza las situaciones, ¿un fallo en el mecanismo? Tal vez, de tratarse de un simulador, este no cargó correctamente. Por otro lado, una puerta es una puerta y debería abrirse porque esa es su única función. Junqueras toma de nuevo el picaporte lentamente, comienza a girarlo, pero no está en sus deseos el abrirse. No hay más opción que llamar sobre la puerta y esperar a que alguien responda. Además, deben existir medidas de seguridad en caso de que el sistema colapse.

Lluís comprende que el atractivo del Majestic es una farsa, una habitación con efectos especiales como en el cine; un truco barato de *marketing* a fin de cuentas. Le molesta conocer el gran secreto. Intenta utilizar el móvil. No hay señal, ni siquiera se puede leer la hora. El fallo habrá afectado también al aparato. Solo puede esperar que el seguro del hotel lo cubra.

Junqueras siente que han transcurrido horas. La luz en el cuarto permanece inalterada. Más le recuerda los pasillos del tren subterráneo. Escucha murmullos, voces que deben provenir de los otros cuartos, parecen lamentos. Se pregunta si otros huéspedes también se encontrarán en la misma circunstancia. En ese momento alguien llama a la puerta, Lluís se acerca a toda prisa para ser escuchado, intenta advertir con gritos que se encuentra encerrado.

—¿Hay alguien adentro? —es la voz de una mujer que llega desde el otro lado de la habitación—. Disculpe, experimentamos un problema. Intentamos hallar la solución lo antes posible, aunque es ajeno a nosotros. Tenga paciencia. Serán únicamente un par de días para poderlo sacar. Por favor, espere.

La mujer se marcha antes de que Junqueras responda. De nuevo está solo. No le queda otra opción más que esperar. Cómo calcular cuarenta y ocho horas cuando no sabe si anochece. La luz sigue siendo la misma ahí dentro.

El tiempo pasa lentamente. Junqueras duerme la mayor parte. Después camina y golpea la puerta sin resultado. Desesperado, tira otra vez de la perilla con fuerza hasta el cansancio. Cae agotado y espera recuperarse para insistir. Aunque no tiene forma de saber la hora, está seguro de que han transcurrido más de tres días. Menos extraño le parece que no ha sentido hambre ni sed desde que está ahí, tan solo lo opaca el deseo escuchar de nuevo la voz de la mujer en el otro lado de la puerta, pero todo lo que hay son esos lamentos que continúan llegando.

Junqueras cree que ya puede orientarse en aquel vacío. Afirma saber cuándo es un nuevo día, conocimiento que le sirve de poco pues no hay nadie que intente sacarlo. Según sus métodos de predicción espera una semana más, mientras tanto las necesidades físicas se han suspendido por completo.

—¿Hola? —se escucha la mujer que está de regreso.

—¿Es usted? —pregunta Junqueras lleno de ansiedad—. ¿Aún falta mucho para que pueda salir? Ha pasado más tiempo del que me indicó. Necesito salir.

—Lo lamento. No creo que podamos sacarlo —responde resignada la mujer—. La gerente le envía una disculpa. Ha estado al pendiente de su situación, pero no podemos hacer nada. No está en nuestras manos y tampoco podemos contravenir una orden oficial. Hemos tenido que clausurar el cuarto y eso implica dejarlo a usted dentro.

—No lo entiendo —dice Junqueras.

—Si usted cree que eso es malo, imagine nuestro caso —contesta la mujer—. Nunca antes se presentó este problema. Usted se encuentra en un sitio que ya no es reconocido. Una comisión de teólogos acaba de anunciar la inexistencia del limbo. Piense en la posición en la que nos han metido ahora que tuvimos que renunciar a uno de nuestros destinos para los visitantes.



Esta edición de *Habitaciones*,
fue impresa en la ciudad de Guadalajara
en noviembre de MMXIX. En su composición
se usaron las fuentes **Calluna** de 9, 11 y 19 puntos
y **Pill gothic** de 12, 14 y 26 puntos